

PERMANENCIA INVOLUNTARIA

“ Entre comillas, un club de escritores ”



Índice

Pasión en el aula universitaria:
El nacimiento de un club de escritores
Dr. Noé Abraham González Nieto 7

A Teenager In Love
Antonio González Cortés 9

Cuello Largo
Cuello Largo Luis Angel Munguia 18

El amor del aquelarre
Leonardo Garcia Serrano 24

Nerón
Mateo Jiménez Contreras 39

Sopor
Antonio González Cortés 58

Unión
Zeltzin Lorraine Palacios Rodríguez 70

Prólogo
Dra. Margarita Espinosa Meneses 8

Caronte
Diego Sebastián Dehesa Santillán 15

Dahlia
Zeltzin Lorraine Palacios Rodríguez 21

Maleza
Diego Sebastián Dehesa Santillán 33

Roko
Luis Angel Munguia 50

Tafallera
Mateo Jiménez Contreras 63

Universos separados
Jorge Ernesto Ramos Neria 73



Permanencia involuntaria

Jefa del departamento en Ciencias de la Comunicación
Dra. Margarita Espinosa Meneses

Dr. Noé Abraham González Nieto

Coordinador
Mateo Jiménez Contreras

Entre comillas un club de escritores
Antonio González Cortés
Diego Sebastián Dehesa Santillán
Jorge Ernesto Ramos Neria
Leonardo Garcia Serrano
Luis Angel Munguia
Mateo Jiménez Contreras
Zeltzin Lorraine Palacios Rodríguez

Unidad Cuajimalpa / División de Ciencias de la Comunicación y Diseño
Avenida Vasco de Quiroga #4871, Colonia Santa Fe Cuajimalpa,
Alcaldía Cuajimalpa, C.P. 05348, Ciudad de México.
Conozca nuestro repositorio editorial en
<http://dccd.cua.uam.mx/repositorio/>

Diseño editorial:

Cuidado de la edición:

Diseño de portada:

Corrección de estilo

2022 | Impreso en México

A TEENAGER IN LOVE

Antonio González Cortés

Alonso no era el más popular de la prepa, pero tampoco era un solitario del todo, tenía amigos y hasta una banda de rock donde era el discreto, pero necesario bajista. Aun así, no le gustaba sobresalir. Tenía a su novia, Ana, con la cual estaba punto de cumplir 3 años desde que comenzaron su relación; eran pareja desde los 15 y, a sus casi 18, lo único que Alonso podía sentir era que estaba con el amor de su vida, como lo haría cualquier joven con su primera novia.

La banda de Alonso, llamada *Los Buenos Muchachos*, que tenía ese nombre por una vieja película que a cada uno de los integrantes le encantaba, recibió la oportunidad de ir a otro estado a una pequeña gira por unos cuantos bares. Las fechas en las que estarían fuera de casa coincidían con la de una fiesta a la que asistiría la pareja, pero, por motivos obvios, a Alonso no le sería posible acudir. Él no tenía problema con que su novia fuese sola, él confiaba demasiado en ella.

Y pasó, *Los Buenos Muchachos* salieron del estado, era su primera vez tocando para un público diferente. La noche en que llegaron fue un poco difícil, pero poco a poco, con el pasar de las canciones, el público quedó fascinado con ellos. Mientras, no pasaba un momento en que Alonso no pensara en regresar y contarle a su novia cómo le fue.

La quinta y última fecha de la gira era la noche que coincidía con la fiesta. Tuvieron el mejor concierto de sus vidas, estaban tan extasiados que incluso tocaron tiempo extra sin pedir una paga adicional, terminó el show y el bajista estaba tan emocionado que sintió la necesidad de compartir su emoción con la persona que más quería. Llamó a su novia, pero ella no contestó; él no tuvo problema con eso, sabía que estaba en la fiesta. Unos pocos minutos después, recibió la llamada de un amigo y escuchó algo que uno nunca espera escuchar: Ana le estaba siendo infiel. No se detuvo a preguntar con quién o cómo, ni siquiera cuestionó a su amigo sobre la veracidad de lo que acababa de escuchar. La noticia fue impactante para él, pero sólo agradeció a su amigo por la información, le preguntó cómo estaba y se despidió.

Seguían en el bar, era costumbre de la banda quedarse a tomar algo después de tocar. Alonso siempre fue muy reservado, no le contó nada a ninguno de sus compañeros y se dirigió a la barra. No era mucho de tomar alcohol, pero cuando lo hacía bebía lo que, en palabras de él, era su gusto culposo, “las aguas locas”. Llegó a la barra, pidió que le mezclaran un poco de diferentes botellas, suficiente agua y que al final le agregaran refresco de manzana. No era exactamente lo que tenía en mente, pero tampoco le desagradó el sabor, el que sólo unos instantes después relacionaría con su dolor y su tristeza, que lo llevó a pensar cómo se llega a conectar emociones y sentimientos con objetos, canciones o, en su caso, una bebida; hecho que le causó un poco de gracia. Ahora, cada vez que se sintiera triste, le vendría a la mente un agua loca.

Se dirigió a una mesa vacía y ahí estuvo unos instantes, con la mente en blanco, cuando vio a lo lejos a una chica, con la que cruzó miradas, ambos con ojos melancólicos. Ella iba acompañada por dos amigas, las cuales se dieron cuenta del cruce de miradas, así que la animaron a ir con él. Ella no accedió a la primera, pero después de dos intentos más, lo hizo. Alonso, al ver que ella se acercaba, sintió una sensación de emoción y nerviosismo, una parte de él también quería acercarse a ella.

Mientras ella emprendía el camino hacia él, en la rocola comenzó a sonar *Así Fue*, de Juan Gabriel, lo que sería parte del *soundtrack* de su encuentro. Llegó la chica, le preguntó sobre si podía sentarse, Alonso le dijo que sí.

—Veo que tienes la misma mirada que yo —le dijo la chica.

Alonso asintió con una breve y tímida risa. A esto lo acompañó un sentimiento dentro de él, como si su estómago se hubiera revuelto y la cabeza dado mil vueltas, mientras que poco a poco se comenzaba a sentir un ambiente agradable y cómodo para ambos.

—¿Y por qué tienes la mirada así? —preguntó Alonso.

La chica, un poco apenada, pero con una sensación de seguridad, le comentó que dos semanas atrás su novio le había sido infiel. Alonso pensó que fue una triste coincidencia, y al sentirse identificado con la situación, le contó que él estaba pasando por lo mismo. Hubo unos segundos de silencio, cuando le preguntó a ella ¿Es nuestra culpa o por qué nos hacen eso?

—Si te soy honesta, no lo sé, y de verdad que me pone triste el hecho de que me haya traicionado así, pero si de algo estoy segura es que no fue mi culpa, y no voy a perder mi tiempo preguntándome si cometí algún error;

digo, somos muy jóvenes y la vida, además de que es muy corta, nos seguirá rompiendo el corazón— contestó ella en un tono resignado pero un poco esperanzador.

Fue algo raro, tal vez no era la respuesta que esperaba, pero sí la que necesitaba. Pero como a veces pasa, cuando obtienes la respuesta a algo, sólo surgen más preguntas.

—¿Crees que debo perdonarla? —preguntó Alonso.

—Hace una semana te hubiera dicho que sí, que el poder del amor lo puede todo ja, ja, ja, pero creo que no es algo sano. Digo, la confianza que le diste, no sé en cuánto tiempo la construyeron, pero a veces solo falta un empujoncito para tirar todo eso muy rápido, ¿no crees? —le dijo la chica.

—¿Entonces tú no perdonarías a tu ex? —dijo Alonso, aunque inmediatamente pensó que fue una pregunta estúpida, por lo que le habían dicho segundos antes.

—No lo haría otra vez —dijo con una risa un poco triste —Lo perdoné y él prometió no volverlo a hacer, y creo que no lo hizo. Confié en su palabra, pero la relación se deteriora con algo así. No era lo mismo besarlo, ni siquiera un abrazo se sentía de la misma manera, o bueno, no se sentía nada, ahí fue cuando me di cuenta de que la cosa estaba mal, al abrazarlo y no sentirme segura en sus brazos.

—Siento mucho escuchar eso —dijo Alonso sorprendido y un poco afligido por la confesión de la chica.

—No te preocupes, lo pienso mucho. La verdad, fue mejor terminar la relación ahí. Obviamente todavía estoy un poquito en el duelo, pero creo que es parte de la madurez, por parte de ambos lados; de él, porque hizo lo que hizo —yo creo que no le costaba nada ser claro desde el principio— y mía, pues... de no ser autocompasiva y no atormentarme con todo eso.

—¿Pero no crees que también es bueno sufrirlo un poco?

—Ah, sí, sí. Claro, de alguna manera, eso nos prueba que, tal vez, sí lo dimos todo en la relación, porque nos dolió, —probablemente no de la misma manera que a ellos hacerlo—, pero tampoco podemos sufrirlo y llorarlo por mucho tiempo.

—Bueno, creo que tienes razón en eso. Pero estás de acuerdo que, a veces, es difícil no pensar en eso; estás tranquilo y, de repente, ¡Boom!, llegan todos esos pensamientos — dijo Alonso con un poco de frustración.

—Creo que, para eso, puede ser bastante útil hacer lo que estamos haciendo, estar sentados aquí, platicando, en un bar, con un desconocido —dijo la chica cuando, segundos después, ambos rieron un poco.

—Pero es enserio, mira, ve a bares o a cualquier lugar que quieras, conoce gente, reúnete con tus amigos.

—No soy igual de sociable con todos, como lo estoy siendo contigo —le reveló Alonso con un poco de pena.

—Pero ya ves que no es tan difícil, digo, yo nada más llegué, te pregunté si podía sentarme contigo, y ahora ya hasta sabemos sobre lo tontos que somos para escoger parejas.

Ante esa declaración, ambos rieron demasiado. Estaban pasando una de las mejores noches de sus vidas y no lo sabían. Hablaban sobre cómo se sentían y de sus formas de ver el, a veces bonito, a veces doloroso, pero siempre complejo, mundo de las relaciones.

—Pero es como te digo, algo tienes que hacer, mantenerte ocupado, que tu mente tenga puestas las ideas en algo, haz algo que te guste —le decía la chica a un Alonso cada vez más relajado.

—Está bien, está bien, creo que sí sería lo mejor hacer eso. Gracias por los consejos, ya me siento listo para entrar en una relación y salir lastimado de nuevo —dijo Alonso en un tono sarcástico, el cual hizo que nuevamente explotaran las risas entre ellos dos. También compartían el mismo sentido del humor.

—Pues entonces hay que hacer un pequeño brindis. ¿Qué estás tomando?, para pedir lo mismo y hacer esto como se debe.

—¿Qué estoy tomando?, no te burles, pero pedí agua loca, o bueno, lo más parecido que podían hacerme en el momento que fui a la barra —dijo algo apenado.

—Qué bebida tan fina, encaja perfectamente para el momento. Voy rápido por una —exclamó la chica de manera sarcástica mientras ambos reían. Ella fue por la bebida, regresó, sostuvieron sus aguas locas y, acto seguido, las alzaron para brindar. —“Que nos vuelvan a romper el corazón lo más pronto posible”. Además, ¿cuántos años tienes, 18? Como te dije antes, somos jóvenes, tal vez todavía nos falta lo más difícil, así que yo creo que podemos esperar unas tres o cuatro decepciones más.

—Salud por eso —expresó Alonso, y ambos tomaron sus bebidas.

—¿Sabes?, creo que ya decidí, voy a terminar con ella, y no lo digo con mala

intención, pero no quiero que me pase lo mismo que te pasó. Pero es que creo que, cuando la vuelva a ver, no sentiré la misma emoción que sentía antes, y forzar las cosas, eso no es una opción. Yo quise ser feliz con ella, pero creo que es algo que pasa cuando en una relación alguien quiere más a la otra persona. No digo que sea lo correcto, pero son cosas que pasan — dijo el bajista, cuando parecía que estaba al borde de las lágrimas. —Gracias por acercarte, ya te había dicho, soy muy tímido y la verdad me hubiera costado mucho ir contigo, pero cuando te sentaste y comenzamos a hablar fue muy bonito, gracias de nuevo.

—No es nada —dijo la chica, mientras su rostro poco a poco se comenzaba a enrojecer. —A mí también me costó levantarme y venir. Lo bueno que le hice caso a mis amigas de sentarme contigo, y mientras más me acercaba, más se notaba en tus ojos que necesitabas hablar con alguien, y yo no pude decirle que no a esos ojitos.

A Alonso le parecieron las palabras más dulces que alguna vez había escuchado. Ambos estaban completamente sonrojados y volvieron a intercambiar miradas como cuando lo hicieron de una mesa a otra, sólo que esta vez ya no tenían ojos melancólicos, ahora estaban llenos de esperanza. Amaron verse reflejados en los ojos del otro.

Después de ese momento conmovedor, las palabras salieron a flote, fluían y fluían, como ninguno de los dos había tenido una conversación en toda su vida. Los dos se abrieron y hojearon partes de su vida, como cuando hojeas un libro nuevo que siempre habías ansiado leer.

Hablaron sobre qué hacían esa noche en el bar, lo cual resultó en otra bonita coincidencia, ya que la chica y sus amigas habían acudido a ver a la banda de Alonso, sólo que llegaron tarde y únicamente tuvieron la oportunidad de escuchar la última canción. Después de eso tuvieron una discusión sobre quién tenía mayor impacto cultural, los Beatles o Pink Floyd. Alonso siempre se impresionaba por cuánto puedes conocer a una persona a través de sus gustos musicales.

Llegó la hora de que Alonso y la chica separaran sus caminos, ambos tenían que regresar con sus respectivas amistades. Se despidieron, agradecieron la compañía que se brindaron el uno al otro y se fueron de la mesa, la que fue testigo de su fugaz pero bonito encuentro.

Al llegar Alonso con sus compañeros, ellos le empezaron a hacer burla con

la chica. Le dijeron que no le fuera infiel a Ana, comentario que, en lugar de causarle tristeza, le provocó una pequeña risa, mientras que el guitarrista se le acercó y le preguntó el nombre de la chica con la que estuvo sentado, a lo que Alonso no supo contestar, porque nunca preguntó su nombre.

En el camino de regreso al hotel, Alonso se sentía nervioso, emocionado, mareado, feliz, una extraña combinación, algo que sentía cuando estaba con Ana, aunque esto se sintió en una escala mayor, lo que ocasionó que le invadiera una duda, ¿Me enamoré de una desconocida? Alonso se quedó con esa pregunta toda la noche, pero, ¿cómo puedes enamorarte de alguien que conociste hace una hora? ¿Cuánto puedes conocer de una persona en una sola noche? ¿Es el tiempo que estás con ella o es la conexión que se genera? Él era todo un romántico y, después de darle muchas vueltas en su cabeza, sintió que amó a aquella chica por esos momentos, tuvo un amor a primera vista. Creyó que tenía esa percepción del amor porque había visto demasiadas películas románticas.

No hubo contacto físico, no conoció el nombre de la chica que reconfortó su triste corazón, que le hizo sentir seguro y que el mundo puede ser un lugar bonito si tienes a alguien que acompañe tu alma. Desgraciadamente, nunca se volverían a ver.

Esa noche, ambos con el corazón roto, sintieron el amor.

**QUE NOS VUELVAN
A ROMPER EL CORAZÓN
LO MÁS PRONTO POSIBLE...**





CARONTE

Diego Sebastián Dehesa Santillán

*Ay, el sobreviviente, el que
se pudre a plena luz,
sepulcro de par en par
abierto, paseante de
hediondecas y
gusanos, presencia inerte
ante los ojos fijos del juez
¿y quién entonces no osa
empuñar la vara del
castigo?
Privilegio del Suicida,
Rosario Castellanos*

Leonardo Quintero avanza por la calle Génova. Absorto en su pensamiento ignora al perro que sostiene un viejo mecate amarillo y que sentado lo observa. Si por un instante, Leonardo saliera de su embelesamiento, sabrá que no es la primera vez que el perro sentado que sostiene un viejo mecate naranja lo observa.

Si despertara de su ensimismamiento, Leonardo Quintero notará que el perro que sostiene el viejo mecate rojo, sentado, también lo observó el día anterior en su recorrido diario por la zona rosa.

Si abandonara su embobamiento mirará al perro que sostiene el viejo mecate morado, y que sentado lo observa. Leonardo se acercará. Sostendrá el viejo mecate azul entre sus manos.

El animal ladeará su cabeza. Levantará su retaguardia y se marchará meneando la cola, dejando al descubierto esa escalera que desemboca en la oxidada puerta color turquesa iluminada por las intermitentes letras neón verdes que, de singular manera y con cierto grado de éxito, disimulan a su difunta compañera intermedia y deletrean C – A – S – N – O. La inercia lo obligará a descender y empujar la puerta que no ofrece resistencia.

La tenue iluminación naranja propiciará un ambiente óptimo para que sus pupilas se adapten sin dificultad a este nuevo entorno que, sin embargo, le resulta tan familiar. Intentará descifrar si es aquel aroma a canela el culpable del efecto, o son tal vez las suaves notas de un piano desafinado quienes engendran la ilusión. Hasta que un portero delgado, de largas extremidades y lentes

tan gruesos que funcionan como una lupa que amplía el par de ojos que apuntan a direcciones distintas, lo interrumpa con el cordial recibimiento

—Caballero, un placer, como de costumbre, tenerlo de regreso—. Dirá esto con una afable sonrisa y recomendará la sugerencia de la noche —Coctel Caronte—. Entonces, Leonardo, quien nunca ha visto a este personaje de abundante mata clara, pero en definitiva ha repetido esta rutina en un sinnúmero de ocasiones, intentará, fracasando, emular la efusividad del saludo. Y el portero que permanecía inmóvil desde su anterior intervención, congelado en un espacio que parece pertenecerle, pero desfasado de un tiempo que lo gobierna, emitirá una mueca de complacencia y repetirá —Caronte, caballero.

Tomando asiento, mirará su reflejo despojado de ojos en las botellas del fondo y surgirá la inevitable incógnita. ¿Aquella deformación es resultado de la irregular superficie o es otra de las tantas arbitrariedades de las que el tiempo es responsable? Una ola de nostalgia lo embargará. Y sin importar cuánto busque los globos oculares que se esfuerza por recordar, sólo hallará el par de redondas insignias doradas que los bloquean. De la barra, cual elevador, la ahora familiar sonrisa, ascenderá hasta encontrarse de nuevo frente a Leonardo —¿Caronte?— Preguntará la mueca para regresar a su estado inerte. Y Leonardo, consiente de la repetición, hartado, no dará importancia a la particular situación —Caronte— responderá con desgano. El antes portero y ahora cantinero, al que, dadas las circunstancias y la emergente posibilidad de un futuro encuentro, Leonardo, optará por llamar del mismo modo que al coctel color carmín que este le pondrá en frente. Tomará un sorbo que recorriendo su paladar dejará una sensación metálica, extrañamente, placentera. Sonreirá. Apresurará el siguiente trago. Pero, este no será capaz de emular la sensación del anterior. Tomará los sorbos con más rapidez con la esperanza de atrapar la esencia del trago primero. De pronto sin importar cuánto incline el vaso e inspeccione el fondo no encontrará más líquido. Fatigado, considerará pedir otra ronda. Pero la realización de que la única constante en la búsqueda de emociones estimulantes es el irremediable regreso a nuevas experiencias mundanas lo detendrá.

Un sabor metálico, mucho menos placentero que el que provocó la bebida, se abrirá paso desde la parte inferior de su lengua. Escupirá y tras un agudo tintineo el fondo del vaso revelará esa figura redonda. Jugará con la moneda entre sus dedos. Analizando el patrón interminable sin principio ni fin. Caminará a la mesa de juego.

—¡Bienvenido!— Dirá Caronte —Veo que no viene usted solo. La suerte es su acompañante. Una acompañante...reveladora— al tiempo que señala un punto incierto que hará dudar a Leonardo si apunta al mecate, que por lo demás había olvidado aún cargaba consigo, o a la moneda que gira en su mano. Lo mirará. El antes mesero y ahora croupier arrebatará la pieza de cobre de su mano.

—Tres negro— dirá indiferente. La ruleta girará con velocidad y un poco mareado por la bebida será víctima de una ilusión. Cuando la velocidad disminuya encontrará el mismo número en cada casilla.

Un bullicio se apoderará de la multitud. Los comensales que le rodean, y de quienes no se había dado por advertido hasta este momento, lo sacudirán con emoción mientras extasiados felicitan al afortunado ganador. Y Leonardo, en medio del alboroto, reconocerá los inconfundibles anteojos y la dispar mirada en cada uno de ellos. Levantará la vista y encontrará la satisfecha sonrisa de Caronte —Felicidades, señor. Un millón.

Leonardo caminará a casa cargando sus ganancias en un costal afianzado con el viejo mecate rosa. Al tiempo que intente reconstruir la velada, el viejo mecate violeta acariciará insinuante su mano y el pensamiento de una vida nueva atravesará su mente. Una vida sin deudas. Sin preocupaciones. Un nuevo inicio. Libre. Recordará la bebida.

Abrirá la puerta. Tirará el costal junto al basurero. Desenredará el viejo mecate azul. Hará caso omiso al premio. Se tumbará en el sillón y, con el viejo mecate turquesa danzando entre sus manos, mirará el techo. Calculará la viga más alta. Ladeará la cabeza. Levantará su retaguardia. Aprovechará

el nudo que Caronte, siempre servicial, hizo favor en asegurar para proteger su triunfo, lo enrollará a su cuello y tirará la silla.

Pero Leonardo Quintero no despierta de su ensueño. No ve al perro que sostiene el viejo mecate verde y que sentado lo observa. Leonardo avanza por la calle Génova y continúa su camino diario por la zona Rosa. Mañana tal vez.

Cuello Largo

Luis Angel Munguia

No puedo dejar de ver el techo y perderme en él. El color blanco y las sombras, así como las luces de los autos que pasan, crean muchas figuras que me tienen en trance. Estoy segura de que esto es causa del no poder dormir, dos horas al día no son suficientes. Y aunque todos noten la alta extrañeza en mi forma de actuar, creen que es simplemente por la pubertad. Lo que no saben es que bajo mi maquillaje se haya un rostro pálido con ojeras horribles. Así es como me la paso todas las noches, pensando y nada más, hasta que suena mi primera alarma.

Me siento en el borde de la cama y tomo mis sandalias. Una vez de pie, me llevo una cobija encima, pues nunca hace calor a estas horas. Sigilosamente camino por el pasillo. Tantas veces he hecho este recorrido, que ya sé dónde pisar cada escalón para que no rechine la madera, pues lo que menos quiero es despertar a mis padres.

Llego a la sala. La oscuridad y el silencio comienzan a jugar con mi débil mente. Me parece verlo sentado en el comedor y es cuando las ganas de correr o encender la luz me invaden. Pero con el tiempo aprendí que eso no era una buena idea. Apretando los dientes y con el corazón acelerado es como logro llegar a la puerta.

Salgo al patio, siento el frío en mis piernas y se me eriza la piel. Camino hacia el jardín trasero, donde el aroma nocturno de las flores adormece mi cuerpo. El sonido de los grillos y las llantas de los autos me arrulla, quizá pueda cerrar los ojos por un momento.

Minutos después, un escalofrío recorre desde mi espalda baja hasta mi nuca. Escucho huesos tronando y uñas raspando el cemento. Ha llegado, puedo sentir su húmeda respiración en mi rostro. Una vez que se aleja, abro los ojos.

Levanto la mirada hacia la ventana de la casa vecina. Un ser horrible, con extremidades alargadas y delgadas; uñas afiladas como cuchillos y un rostro pálido. Un horrible rostro pálido y flaco, como si alguien hubiera succionado todo dentro de él y le hubiera deja únicamente la piel sobre el cráneo. Cuencas vacías y unos labios azules que forman una gran sonrisa. Pero lo peor de todo es ese maldito cuello, tan largo que estoy segura de que es capaz de llenar todas las habitaciones de esa casa.

Él era hijo del matrimonio que habitaba ahí. Nunca supe su nombre, tampoco lo veía en la escuela, y las pocas veces que lo vi en la calle él se comportaba extraño. Nunca decía ni una palabra y se la pasaba observando a todo mundo, siempre con una sonrisa un tanto inquietante. Cuando alguien intentaba interactuar con él, este chico comenzaba a temblar y salía corriendo del lugar.

Sus padres parecían estar muy bien, yo siempre los vi felices, además que platicaban con todos. Cuando asistían a fiestas o reuniones que organizaban los vecinos, nunca lo llevaban.

Algunas veces se les cuestionó si su hijo sufría de alguna enfermedad o algo por el estilo, pero ellos siempre cambiaban el tema o daban explicaciones tan ambiguas como: “así es él”.

Una tarde, mi madre me pidió que regara sus plantas. Yo sabía que la ventana que se ve desde el patio trasero era la de su habitación, así que decidí arrojar una piedra para ver si salía. Salió y nos miramos fijamente algunos minutos. Él comenzó a inquietarse y noté que su boca estaba temblando. Me sentí incómoda y lo único que se me ocurrió fue sonreírle. Él se tranquilizó y me devolvió la sonrisa. Eso me hacía sentir bien.

Con el tiempo, eso se fue haciendo una costumbre entre él y yo. Tres o cuatro días a la semana me dirigía al patio trasero, donde él ya me esperaba desde la ventana y era lo único que hacíamos, vernos y sonreír. Algunas veces intenté hablarle o interactuar de otras formas con él, pero se ponía nervioso y se iba.

Un día me encontré con su padre en la tienda, le platiqué lo que ocurría y él se disculpó. Yo le dije que no había problema, que estaba feliz de hacer eso y, al parecer, su hijo también. Intenté hablar más con él, pero se veía incómodo y molesto, así que me evitaba. Lo seguí hasta su casa y le pedí que me dijera algo que le gustara a su hijo; él sólo contestó que los dinosaurios y me cerró la puerta en la cara.

Después de eso, fui corriendo hacia la plaza para conseguirle un obsequio, pues al día siguiente nos veríamos nuevamente. Llegué y conseguí un peluche de dinosaurio, de esos que tienen el cuello largo. Lo guardé en una caja, la forré y le puse una nota dentro que decía: “Hola cuello largo, supe que te gustan los dinosaurios”. Regresé a casa y me fui a dormir, ansiosa por darle su regalo.

Al día siguiente, estuve esperándolo desde el jardín, pero no apareció. Pasaron así varios días y parecía que no había nadie en casa. Un día llegaron unas patrullas y entraron al domicilio, pues a todos se les hacía extraño que de un día a otro desaparecieran.

Encontraron el cuerpo del niño en su habitación. Al parecer, había sido estrangulado con un cinturón. Nos enteramos que su nombre era Isidro. Sus padres lo torturaban constantemente, incluso había grabaciones que lo comprobaban. Esos enfermos huyeron y las autoridades ya los estaban buscando. Entre todos los vecinos le hicimos un funeral a Isidro. Todos estábamos conmocionados por lo que había ocurrido. Yo estaba devastada más que nada. El día del entierro le dejé su obsequio sobre su tumba. La casa donde vivía él nunca más fue habitada.

Tiempo después fue que comenzó todo esto. Al principio no lograba contener mi miedo, hasta que descubrí que eso lo inquieta y se pone agresivo. A base de prueba y error me di cuenta de que él sólo quería seguir con la rutina, el encontrarnos, yo en el patio trasero y él en la ventana, para sonreírnos y ya. Desde entonces intento dormir más temprano, porque sé que a las 3 de la tarde sonará la alarma, que es una voz tenebrosa diciendo: “Hola cuello largo”. Entonces tendré que salir a tranquilizarlo.

Pero hace ya varias semanas que no logro dormir, no hasta que ya nos hayamos visto, pues me da miedo un día no despertar a tiempo y con eso no despertar nunca más.

Y es por eso que estoy aquí, viendo a ese pobre niño. Comienza un juego de miradas y sonrisas. Como si fuera una serpiente encantada, él sigue los movimientos de mi cabeza. En ocasiones le guiño un ojo o lo saludo moviendo mi mano, sé que eso le gusta y hace que se vaya más rápido.

Contrario a lo que se observa, realmente estoy aterrada. Reprimo mis gritos mordiendo mis mejillas por dentro hasta hacerme sangrar; el miedo, junto con el sabor a metal, me revuelve el estómago. Pero sigo ahí, devolviéndole la sonrisa y rezando para que no salga de esa ventana.



DAHLIA

Zeltzin Lorraine Palacios Rodríguez

—En el manual viene que, terminando de expulsar los coágulos, tienes que buscar como un frijol color rosa. Se supone que es el embrión. Y ahí me tienes como estúpida con una mano en el excusado, juntando la bazofia en un frasco, y con la otra tratando de escribirle al Hugo. Le mandé foto y le dije: “Oye, ¿y a esto cómo de qué le ves forma?”.

Karina y yo caminábamos a orillas de la carretera para llegar a un *spot* llamado “El trenecito”. En el camino yo iba forjando otro porrito mientras ella me contaba la historia de su aborto como si fuera una rutina de *stand up*. No podía parar de reír con la idea del frijolito rosa. Terminé forjando la cosa más fea.

—No me dolió realmente, tampoco la segunda vez. Es que a las dos semanas te tienes que volver a hacer la prueba. Me hice la de orina y otra vez salió positiva; cuando eso pasa tienes que repetir el proceso, pero ahora con el doble de medicamento.

Llegamos al *spot* y entré yo primero para fijarme que no hubiera policías. Tuve un *deja vú*. Durante años pensé que aquel parque en la punta del cerro en dónde había un tren color amarillo, una fuente y una avioneta tan sólo era un recuerdo falso. Tal vez algo que había visto en una película o en un sueño, pero no. Ahí nos llevaban a la Kari y a mí de excursión. Y no era un parque realmente, sino de esos lugares en donde les enseñan ciencias a los niños de primaria.

—A las dos semanas me hice la prueba de sangre y salió positiva. Le pedí a Hugo que ahora él fuera por las pastillas porque la de la tienda ya me estaba mirando feo. Me mandó a la verga y le contó a mi mamá. —Kari le prendió a mi porro horrible y le dio un jalón.

Nos tomamos muchas fotos en la avioneta, ahora vandalizada, unas más en el mirador y otras en la fuente seca. Después, Kari me guio hacia la parte de abajo del tren en donde había un hoyo que daba al vagón principal. El interior del tren solía estar tapizado con *posters* y mapas; tenía una bella alfombra, una ludoteca, montones de libros y juegos de mesa. Ahí aprendí cosas inútiles como reciclaje y biología, quizá también fue ahí el último lugar en donde jugué

como niña. Uno siempre termina drogándose en lugares donde amó la vida, pensé, y me reí bajito.

—Me llevaron al médico y en la ecografía nomás se veía el saco. Es diferente a la placenta... ¿sí sabes cuál? La bolsa en donde va el feto. Y pues no había nada. Fue un embarazo anembrio... a-nem-brio-na-rio, anembrionario.

O sea que no se formó nada ahí dentro.

No quedaba ni el fantasma de aquellos mapas y libros. El interior del tren estaba totalmente destrozado. De pura suerte no nos encontramos a un grupo de okupas o a una pareja teniendo relaciones. Era considerablemente más pequeño de como lo recordaba. El techo era muy bajo y tenía que jorobarme si quería permanecer de pie, pero tampoco había mucho espacio para sentarse entre el montón de polillas, telarañas, madera podrida, latas y colillas de cigarro.

—Y pues nada, me hicieron un legrado y todo bien. No se sabe por qué pasan esas cosas. Y, la verdad, el Hugo y yo sí queremos hijos, sólo que ahorita no. Nos aburrimos mucho estando solos en la casa.

En segundo año de primaria nos hicieron ver un video sobre aborto y todas las niñas terminamos llorando. Para cuando nos llevaron por primera vez de excursión al trenecito, y nos mostraron los frascos con fetos humanos, yo ya estaba completamente traumatizada. Volví a llorar ese día en los brazos de mi amiga. Ahora pensaba en el feto de Karina, el feto inexistente de Karina. Tuve ganas de contarle de aquellas vacaciones cuando aborté en el camión de regreso al pueblo o la vez que lo hice en mi descanso del trabajo, pero sólo me salió decirle que seguro su útero tenía un letrero de “Abandone toda esperanza” y las dos soltamos la carcajada. Bendito el no-fruto de tu vientre Karina, que no le tocó esta vida de mierda. Luego de un rato de estar en silencio y fumando, le dije finalmente:

— No tenías por qué hacerlo sola, ¿sabes?

Pero Kari no me dijo nada más. Me cruzó entonces la idea de que, pese a lo mucho que se habían bifurcado nuestros caminos, terminamos en el mismo punto. Abortando a solas. Pero, de menos, a ella su pareja le había dado para las pastillas. También me dio vueltas la idea de que quizá nuestra amistad no había servido de nada. Pensaba en los fetos de los frascos, en el no-feto de Karina, en los míos y en cómo desearía no haber dejado el pueblo nunca y quedarme con mi mejor amiga, ser niñas de nuevo, subirnos al tren, jugar en la avioneta; crecer, aprender juntas, llorar abrazadas.

Me quedé mirando fijamente cómo las partículas de polvo se mezclaban con el humo en un débil haz de luz que entraba por el techo. Kari me pasó el porro y le di una última calada. Inhalé con tanta fuerza que creí sentir cada pequeña partícula de piel muerta, suciedad y ácaros entrar en mis pulmones. Cerré los ojos, deseé que las cosas fueran diferentes, al menos para ella. Sentí palpitations que atribuí al efecto de la droga; después un hormigueo extraño que se extendía por mis extremidades y hacía vibrar mi cuerpo. No podía distinguir si era el latido de mi corazón o un sismo que cada vez se tornaba más violento. Pensé que me estaba malviajando y me miré las manos para corroborar que mis uñas no estuvieran color azul, sólo que no había más uñas; sólo unos muñoncitos color rosa. Me sentía chistosa.

Las vibraciones de mi cuerpo fueron extendiéndose por todo el tren hasta que el techo se desprendió y cayó sobre nosotras. Segundos después abrí los ojos. Quise acercarme a Karina, pero me topé con algo extraño. Ella estaba sentada mirando fijamente al piso. Parpadeé varias veces y pude ver en mayor resolución que estaba armando un rompecabezas y que el vagón del tren se veía diferente, como antes. Ella se veía joven, mucho más joven. Era una niña en uniforme escolar, con su carita de concentración enmarcada por el cabello rizado, tal como la recordaba; sólo que sin mí. Miré mis muñones rositas una vez más y a Karina bajo ese filtro acuoso. Hasta pronto Karina, creo que ahora me toca a mí estar de este lado del frasco.



El amor del aquelarre

Leonardo García Serrano

Capítulo I: Friday the 13th

Esto es una ley, es una omertà
Una vez dentro, eres secta secreta
Realmente me gustas mucho cariño
Tus ojos son penetrantes y ambos estamos perdidos.

Libra en luna menguante
Temerle a la oscuridad fue para cobardes
Actuando por ti, aun siendo sensato
Pero cariño hice un pacto gitano.

O sigues mis reglas o siente la noche más fría
Porque tu alma ahora es mía
Porque tu mente es mía.

Gritas repetidamente mi nombre
Rogando absoluta piedad
Pero mi corazón es tan frío como diciembre.

¡Tantos rituales sólo para tenerte!
Para jugar como domino tu mente
¡Tus ojos totalmente blancos!
No jugué con magia porque hice trece pactos.

Como si un demonio estuviera dentro de ti
Como si el ángel saliera de mí.

Otoño, noviembre, noche de brujas
No tengo sangre en mis manos

cariño hice un pacto gitano

Pero Dios sabe que están sucias
Ambas enterradas en dos enormes clavos.

¿Has escuchado de la reina roja?
Pues has bebido su pócima
En una copa de aquel vino blanco
Lo disfrutaste tanto, que lo bebiste en un solo trago.

Mi arma, ahora es mi belleza
No son los tragos de más, actúas aún con certeza
Poco a poco tus ojos se tornan eclipsados
Tus cinco sentidos, mis cinco sentidos
¡Malditamente hipnotizados!

O sigues mis reglas o siente la noche más fría
Porque tu alma ahora es mía
Porque tu mente es mía.

Nuestros secretos
Secretos tan negros como la noche
Amantes, lujuria primeros efectos
Desarmados en piezas con el primer toque.



Llévame al infierno
(Total ya lo conozco)
Enciende el fuego eterno
(El tuyo lo desconozco)
¿Le temes a la oscuridad?
(Cariño, nosotros somos oscuridad).

¿Aun crees en la vida después de la muerte?
¿No te es suficiente aquí tenerme?

Viernes trece
Barajas regadas
Horas sagradas.

Juego del amor
Te tengo
Tu alma es mía
Tu razón hechizada.

Miel en cruz
me amas
me amas
me amas.

Por y para siempre
Noche de noviembre
Estrella de sal.

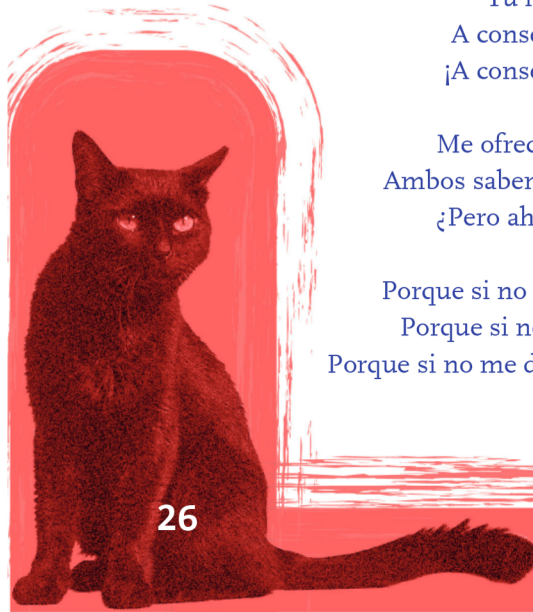
Libro maldito
Abierto
Lees mi poema en voz alta.

¡Me escuchas!
¡Te tengo!
¡Tu mente es mía, bebé!

Tu mano en mi piel
A consecuencia de la miel
¡A consecuencia de la miel!

Me ofreces un abrazo eterno
Ambos sabemos que el amor es ajeno
¿Pero ahora sientes el amor?

Porque si no funcionó lo haré otra vez
Porque si no te enamoras, insistiré
Porque si no me dices te amo, ¡lo volveré a leer!



Capítulo II: Misery

itu
mente
es
mía,
bebé!

(Zona blanca, zona blanca, zona blanca)

Frío misericordioso
Gato negro curioso
Corona de Jesús
Y universo de Zeus.

¿Jugamos con el poder?
Pero mi narcisismo lo debo ceder
Bebo un sorbo del vino maldito
Cuerpo y sangre de Jesucristo.

Bestia maldita, tienes mi control
Siento tu magia en mí, como el alcohol
Huyendo de ti en el petrificado bosque
Tambalean mis pies a consecuencia del brote.

Bela-bella-bella-bella
Done-dona-dona-dona
Belladona, ¡Oh droga de la belleza!
Cara de ángel, alma podrida en maleza
Neblina, muero de hipotermia
Pero tú, cariño, mueres de demencia.

Mueres de demencia por mí.

Intentabas mantenerlo como secreto
Sin embargo, te veía a través del espejo
Estaba cayendo libremente al concreto
Y veía demonios a través de tu reflejo.

Realmente te amaba, pero ahora te tengo miedo
Tú a tus demonios les guardas respeto

Prefiero huir y correr de esta cabaña
¿Pero a dónde si esto es zona blanca?

Bestia maldita, tienes mi control
Siento tu magia en mí, como el alcohol
Huyendo de ti en el petrificado bosque
Tambalean mis pies a consecuencia del brote.

Bela-bella-bella-bella
Done-dona-dona-dona
Belladona.

Tienes una extraña obsesión
Apuestas, pero no por pétalos de amor
Tú me quieres como carnada
Lo peor es que crees que tienes mi mente hechizada.

Es a lo que yo llamo amor de miseria.

(Conjuro roba razones,
Verdades rompe corazones,
Hechizo latino,
Bosque hecho laberinto).

¡Dame

¡Corre!

la Libertad!

No quiero tu control sobre mí
Es por eso que huyo de ti
Yo no pactaré en el nombre del amor
Tienes el alma maldita y me das temor.

¡No te quiero cerca de mí!
Estoy corriendo en un laberinto sin salida
Pero huyo por mi propia vida

Ángeles convertidos en demonios
Escapando de un ritual lleno de testimonios.

Bela-bella-bella-bella
Done-dona-dona-dona
Belladona.

¡Pero!
¡Ahora me tienes!

Capítulo III: Hereditary

Ignis Deorum
Ignis animae meae
Ignis Deorum
Ignis animae meae.

En una vida entre la ética y la moral
Yo solamente nací para amar
Oh madre tierra, ¡Dame la libertad!
Llévame al paraíso a través de tu portal.

Aquí lo hacemos con cenizas y fuego
La discordia es parte del juego
Ahora que te tengo cara a cara
Te regalo mi joya más dorada.
Te haré conocer la divinidad
Huías de mí sólo por salvar tu dignidad
Hoy tú y yo iniciamos la brujería
Virgo, sagitario, ¡astrología mía!

No le temas a los juicios de Salem
Ni a la venganza de Frey
Pero ahora que nos amamos
Corremos el riesgo de ser colgados.

Haces circular mi sangre

Tengo un inmenso amor profanado
Y un oscuro pasado pagano
Pero tú cariño mío
Haces circular mi sangre
Como las corrientes lo hacen con un río.

¡Joder!
Es hereditario, como mi abuelo nahual
Como yo que por amor hago este ritual
¡Así que no corras de mí!
¡Por mis secretos no quieras huir!

Bésame durante la noche del equinoccio
Tócame como lo hace un psicótico
Perdidos en medio de este páramo
Pero por un te amo de tu boca aún clamo.

Un amor apenas rizomático
En un pueblo medieval y arcaico
Si conocieras a Dios lo traicionarías como yo
Así que el hecho de amarme no es pecado o error.

Asmodeo y Eros hicieron el amor
Como nosotros lo deseamos como ilusión
Sientes una mirada de escopaestesia
Y de la noche que me besaste tienes amnesia.

Ahora que te tengo rodeado de fuego
Por amor poco a poco quedaras ciego
De este talismán de piedra amatista
Significa sangre y alma deísta.

Necromancia hebrea
Con hechicería griega



besos sabor veneno

Permanencia involuntaria

Mis ojos tornados blancos
Primer efecto del trato.

Pero en el contrato más oscuro
Con el más poderoso de los conjuros
Aunque hayas tomado de mi licor
Nunca se podrá jugar con el amor.

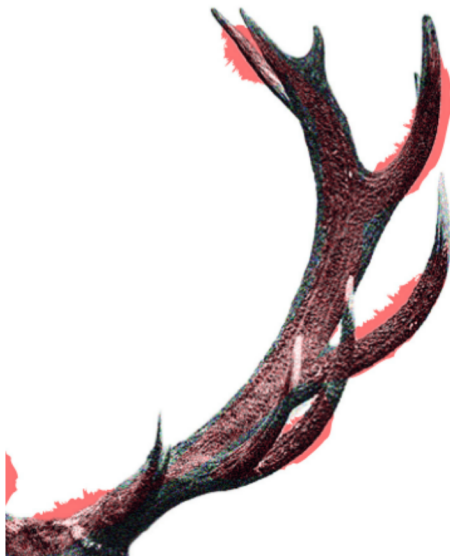
Tomados de nuestras manos
Con el riesgo de ser colgados
Dando vuelta a la llama eterna
Besos grabados en la caverna.

Esos besos sabor veneno
Con alma y cuernos de ciervo
Fue poco a poco que caíste a mí
Cuando escuchaste mi poema en latín.
Epílogo (El poema del amor maldito)

Diablo del amor
Fuego de los dioses
Palma sanguínea
Afrodita temida.

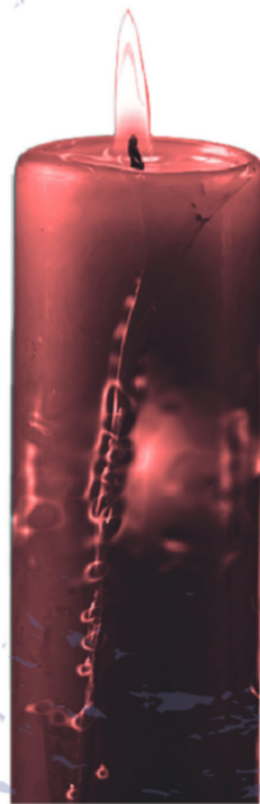
Besos de pasión
Tatuaje forma corazón
Rezo del amarre
Que amor quiero darte.

Rito de medianoche
La luna algo esconde
Apolo como lujuria
Mi alma como dulzura.



Desearás no haber jugado
Tus sueños haber rezado
Porque esto es magia blanca
Letras de poesía barroca.

Vela color rojo
Mano derecha en el pecho
¡Y ahora te tengo!
Amare
Incantatio
Maledictus spell.



MALEZA

Diego Sebastián Dehesa Santillán

Yo a Cecilio Sifuentes lo conocí un jueves lluvioso. Y me acuerdo que llovía porque uno de esas cosas no se olvida. Es difícil que a uno se le olvide una silueta que, parada a mitad de un aguacero, se quede así nomás, quietecita, mientras riega las plantas. Me acuerdo que la figura ni se movía, como una estatua. Yo para ese entonces ni me daba por enterado de la existencia de él; pero su imagen me rompió la rutina y de eso uno no se olvida. Y me acuerdo que era jueves porque yo regresaba de la fábrica. De esas cosas, uno no se olvida.

Cecilio tenía la cara triste. Esa misma mueca lo apechugó desde el día que yo lo conocí. Su boca larga parecía que la arrastraban dos grandes pesos que no la dejaban mover. Sus ojos me recordaban a la luna cuando tiene miedo de salir, cuando se esconde desconfiada y nomás enseña uno de sus bordes blancos. Yo a él nunca lo vi que mirara el cielo. Me acuerdo que su nariz se parecía a una gota de petróleo; de esas gotas que nunca terminan de caer, que nomás cuelgan y apenas uno se distrae, ya no están ahí. La tristeza de Cecilio se le extendía a uno, por eso a mí no me gustaba mirarlo a los ojos, me asustaba pensar que su pena era contagiosa.

La fábrica yo la cuidaba cinco días. Los jueves me salía en la noche y descansaba hasta el domingo. Temprano, en la madrugada yo estaba de regreso. Me acuerdo que fue extraño. A mí me dio curiosidad y le hice notar que la lluvia yo lo estaba ayudando a completar su trabajo. Le dije que hasta lo hacía mejor que él, pero no me respondió. Ni siquiera me miró. La lluvia me mojaba y yo me quería mover de allí. Pero no me despegué. Miré el jardín que regaba y no había ni una sola muestra de vida. No había ni un solo tallo con flor, ni un árbol con fruto. Nada más que raíces muertas que se asomaban por las grietas que separaban la tierra. Nos pasamos toda la noche ahí. Con la sola compañía de la lluvia.

Cecilio no era alguien malo, no era majadero aunque bien que lo aparentaba. Pero por nada en el mundo diría yo que él era alguien bueno. Cecilio era alguien triste y eso es todo lo que yo puedo afirmar. Yo creo que el único atributo que a Cecilio se le podría dar es el de ser una persona triste. Porque cuando uno le preguntaba algo rara vez lo respondía. Él sólo movía la cabeza

o soltaba un gruñido hueco y continuaba con su labor. Por eso se pensaba que era grosero. Pero uno en su presencia podía sentir que no era maldad lo que cargaba. Uno veía sus ojos y estaban vacíos.

Sí, Cecilio era una persona triste. Y perdone si algo lo digo mal, o si lo que le cuento no es lo que vino usted buscando. Pero a mi edad, cuando uno está solo, cuando el cuerpo se rebela y se pierde el control de lo que se pensaba que pertenecía. Cuando no hay horario para cumplir necesidades y la vergüenza no es más que un lejano desvarío, a uno ya no le inquieta el complacer a los demás. Acá me tiene usted. Postrado. Con las piernas inmóviles y los brazos colgando inservibles a los lados. Sin perro que me ladre o sol que me caliente. Sin nada más que recuerdos.

Me acuerdo que yo a Clementina le conté de aquello que vi. Ella me dijo que sí sabía de quien le hablaba. Me dijo que Cecilio era un hombre en pena. Que a diario cargaba con el peso del mundo en sus hombros. Que todos los días se le podía encontrar así, parado. Regando su terruño podrido. Un hombre que fue como cualquier otro, pero que ahora estaba solo.

No tiene sentido que intente usted llamar a esos perros. Ellos a los hombres ya no los reconocen. Hace mucho que nos olvidaron. Ahora que me habla usted de los perros me hace recordar. Me acuerdo que a Cecilio nomás las personas lo podían ver. Para los animales ese hombre no existía. Ni lo miraban y tampoco se molestaban por evitarlo. Era otro árbol en el cual descansar. Yo un día vi que un perro se acercó, lo olfateó como hacen ellos y le meó toda la pierna. Cecilio ni se movió. El no hacía más que regar su jardín. El jardín del que nunca lo vi moverse. Ese pedazo de tierra infértil y podrida donde lo único que alguna vez creció fue hierba mala. Donde los pasos de uno se volvían pesados y la respiración se escapaba de las entrañas.

A mí, Clementina me contó la historia de ese hombre. Me dijo que

Ceciliosé casó joven. Clara era su esposa y no eran diferentes a los otros matrimonios. Clara amaba a su esposo. Ella se le escapó a su familia para estar junto al hombre a quien amaba. Y fue el amor que le tenía lo que convirtió la traición en algo imperdonable.

Cecilio tenía una querida, como muchos otros la tienen. Y todos en el pueblo conocían la historia, pero lo que no se sabía era cómo le habían llegado las noticias a Clara. La gente decía que fue la misma querida de Cecilio quien le confesó a Clara la verdad. Le dijo que ella estaba con su esposo.

Pero Clara no era alguien que se dejaría irrespetar nomás. Porque el problema es que lo amaba. Todo se le vino abajo a Cecilio cuando su querida le confesó a Clara que ella estaba con su esposo. Y algo en ese día cambió. Clara no tuvo necesidad de decirle ni una palabra más a Cecilio. Él se marchó y se creyó que no iba a regresar más. Pero el destino juega con los planes de uno y su querida un día decidió que a él ya no lo quería. A Clementina le dijeron que un día ella desapareció y no regresó.

Cecilio bien sabía que Clara le amaba. Entonces, él regresó con el pecho inflado y nomás no supo qué hacer cuando la puerta que antes lo esperaba a él siempre abierta no respondió a sus golpeteos. Cuando todas las conversaciones con su esposa se convirtieron en un diálogo con una pared, él no supo qué hacer. Lo que Cecilio no sabía era que el amor no lo convierte a uno en esclavo. Sino que lo deja a uno libre. Porque el amor que uno siente hacía alguien es en realidad el amor que uno lleva dentro. Y la persona a la que se le entrega es sólo como un espejo, donde uno se ve a sí mismo. Donde el amor que uno se tiene descansa hasta que el otro lo obliga a marcharse. Cecilio estaba confiado y regresó esperando que Clara lo recibiera con los brazos abiertos. Pero no fue así. Y es que Clara amaba a ese hombre. Y lo amó como nadie nunca ha amado. Por eso no le fue posible perdonar. Cecilio entonces se encontró solo. Él no sabía qué hacer e intentó compensar.

Entonces, se volteó a ese jardín que desde su partida se había olvidado. Se había secado y lo había cubierto una maleza apestosa de un color gris que anunciaba la muerte. Él miró ese terreno moribundo y se dispuso a arreglarlo. Eso no fue algo que Clara le pidiera, pero él pensó que bastaría. Cuando él arrancó la primera maleza su contacto con el mundo se perdió. Su destino ya había sido cantado. Cecilio se iba a enterar que hay pecados que no se pueden perdonar.

Cecilio descubrió que a uno nada le pertenece. Que en esta cárcel de piedras y polvo uno no es dueño de nada. Que los títulos de propiedad escritos en papeles amarillentos y los límites que marcamos con cercas y estacas para proteger lo nuestro sólo vienen siendo convenciones sin significado. El único valor que tienen es el que le confirman los otros hombres. Y nosotros lo confirmamos porque bien que sabemos en nuestros adentros que nada nunca nos pertenecerá. Por eso nos encerramos en esta farsa. Por el puro consuelo. Porque a los animales y a las plantas eso no les importa. Lo pasan por alto y siguen con sus

vidas. Usted mire esas hierbas que entran por las ventanas. No hay persona que las detenga. Nomás es cuestión de tiempo.

Yo empecé a pasar más tiempo con Cecilio. Había algo que a mí me llamaba la atención. Mis rodillas ya empezaban a enchucarse y en la fábrica me dieron las gracias. A mí, había algo que me jalaba, me obligaba a quedarme y a ignorar el mundo de afuera. En ese jardín uno se olvidaba del mañana y el ayer se escapaba de poco en poco.

Y es que no se es dueño ni de uno mismo. Uno vive a las exigencias de su memoria. Ésta sí que tiene su voluntad propia. Y son las memorias las que dibujan los destinos de estos envoltorios que se pudren a la luz del sol. A uno la memoria lo abandona. Lo deja solo y todo se vuelve nuevo entonces. Todo se descubre por primera vez. Y para el cuerpo acabado eso es una tortura. Los días lo inundan a uno con incertidumbre. Porque el mundo se mira y no sabe si ese rostro ya lo vio antes, o si esa es una nueva llaga en el cuerpo propio. A uno entonces no le queda de otra más que mentir. Nomás queda fingir que entiendes lo que te rodea. Simular que todo lo que te envuelve no te contrae las tripas y te empapa de un sudor helado. Y metes empeño en mostrarle a unos ojos que ya ni te miran, que todavía eres de utilidad. Pero hay peleas que desde antes de empezadas ya estaban perdidas. Entonces uno se resigna. Se convence que su memoria no volverá más y se tira a las manos del destino. Pero siempre termina por aparecer un color, un sabor, la luz que refleja un objeto o la tonada de una canción. Se aparecen y le enseñan a uno que ni de su conciencia se es dueño. Que la memoria es la que mueve los hilos. Y con libertad ésta viene y se va.

Clementina no estaba feliz con que yo pasara tanto tiempo con Cecilio. Ella decía que la desgracia también se pegaba. A ella le molestaba que yo me resignara. Porque después de que a mí que corrieron de la fábrica yo ya no quise buscar más nada. Total, mis piernas no se iban a mejorar. Los huesos de mi espalda ya jamás dejarían de crujir y mi cuerpo no iba a parar de encogerse. Para eso no había remedio. Pero ella no dejó de trabajar. No hubo día que no estuviera despierta antes que el mismo sol para poder ir a la capital a vender sus metates. Y para cuando a ella sus brazos ya no le respondieron, cuando su espalda se renegó a cargarle más nada, ella tomó un trozo de cuero que se amarró a la cintura para poder arrastrar su cesta.

Cuando la memoria le abandona a uno, uno entonces ya no puede nombrar lo que le rodea. Uno no puede poseer nada más. Uno se da cuenta que se está solo. Que esta vida se transita en soledad. La mente lo regresa a un estado infantil. Un estado en el que nada conoces. En el que de nada te puedes llamar dueño y lo que desaparece lo olvidas. Y nada más te queda una sensación; algo que yo no podría describir. Una idea de que alguna vez tuviste algo. Pero el cuerpo tiene memoria. Cuando el cuerpo se acostumbra, lo hace todo nomás por el puro recuerdo.

A mí me preguntaban que por qué yo siempre lo acompañaba. Y hasta hoy, si usted me lo pregunta, yo no sabría responder. Pero ahí estaba yo, a su lado. De vez en cuando le dirigía una palabra. Le decía algo del clima o le contaba una historia. Pero él nomás soltaba un gruñido y se limitaba a regar el pedazo de muerte. Ese trozo de tierra que negaba el mañana.

Y entonces la existencia de uno se trata nomás de la repetición. Sin que se piense nomás se repite lo aprendido. Y es la pura voluntad la que media la existencia de uno. Pero cuando la voluntad se pierde, sólo queda el impulso. Un movimiento sin propósito que uno no controla; que no termina. Como esos pollos que corren aun cuando ya se les arrancó la cabeza, nomás por el reflejo. Y eso era Cecilio. Un reflejo andando. Una rutina sin juicio.

Un movimiento perpetuo sin razón de ser. Un costal de huesos sin dirección.

Y ahí me tenía usted. A su lado. Sin decir palabra o siquiera mirarlo. Entre toda la muerte que había en el jardín, el polvo que cerraba la garganta de uno y la soledad permanente del lugar. Me acuerdo que había una grieta que a mí me gustaba mirar. Y de Clementina yo no me acuerdo. No me acuerdo de su cara. Lo único que guardo es el sonido de sus pies y del costal que cargaba arrastrarse contra el suelo. Los escuchaba en la noche cuando ella regresaba. Pero de ella no me acuerdo. Nomás un día que me vinieron a decir que Clementina se había muerto. Que la encontraron tirada y que ya no traía sus metates. Yo entonces miré a Cecilio y él no se movió. Me volví a la grieta que me gustaba ver y había una lagartija que me regresaba la mirada.

Y ahora lo único que queda de Cecilio soy yo. Soy yo el que tiene su recuerdo. El que lo puede nombrar. Pero usted no se equivoque. Ese no es mi recuerdo, ni mucho menos una de esas fotografías que guardan la forma de uno. Lo que yo tengo es la imagen que esta memoria que me acompaña me quiere mostrar. Y no queda de otra que aceptar esa imagen. Uno no le puede alegar más nada.

Sólo le queda a uno esperar que su memoria no le traicione. Por eso yo me río. Porque las memorias son burlonas y yo creo que disfrutan andar jugando con nosotros... con nuestros recuerdos. Eso es cruel, porque son nuestra única compañía. Los recuerdos. Uno puede comer a diario. Comer tres veces al día incluso, pero cuando el alma no tiene de que tragar es lo mismo que si a uno le faltara el aire. Uno lo necesita. Pero la muerte sólo viene de adentro y eso uno lo siente... ¿Para qué me dijo usted que quería saber de él?

Por supuesto que se puede sobrevivir sin memoria. Ahí tiene usted a Clara. Ella se murió ya sin reconocer a Cecilio. Bastaron unos años para superar el insulto. Fueron menos años incluso, de los que le llevó a Cecilio perdonarse su ofensa. Pero, aunque ya ninguno lo recordaba, la condena se quedó. El castigo continuó. Clara ya no estaba resentida y Cecilio estaba redimido a los ojos de Dios. Pero en cuestiones terrenales Dios no tiene la última palabra; esta tierra es del recuerdo y Dios no tiene como hablar a alguien sin memoria.

La ultimada decisión se la lleva la costumbre. Y ya para ese punto los dos se desconocían. La costumbre les había ganado y funcionaban sin pensar. Como las máquinas de la fábrica. Y cuando a Clara le preguntaban que para cuándo perdonaría a Cecilio ella sólo decía que no podía.

Y no es que ella no quisiera. Es que ya para ese entonces le era indiferente. Ella no conocía a esa persona de afuera de su casa. Ella no reconocía ese jardín pútrido y árido. No sabía porque es hombre regaba una mancha gris de tierra. Entonces ella no podía pensar en algo que se tuviera que perdonar. No había nada que recriminar.

Yo de eso he visto mucho. Yo sé que, aunque Clara le hubiera dado el perdón. Aunque le hubiera dicho que todo estaba disculpado y que él ya era ahora un hombre libre, Cecilio no se hubiera movido. A Cecilio la memoria lo abandonó. Uno veía sus pies y se confundían con el terreno. Sus dedos largos atravesaban la tierra y se juntaban con las grietas a las que sus uñas se aferraban, la maleza rodeaba sus piernas y le subía hasta las rodillas. Lo único que en ese campo creció fue la mala hierba y las raíces de Cecilio. Pero el recuerdo hace mucho que lo abandonó.

Ahora váyase usted de aquí que no tengo más por recordar. No tengo nada que olvidar.

Nerón

Mateo Jiménez Contreras

Señaló al mesero pidiendo otra copa. Momentos después estaba recibiendo un vino morado, casi negro.

Bebió la mitad de la copa de un trago, unas pocas gotas se le escurrieron por la junta de los labios y dejaron su rastro en la camisa blanca planchada la noche anterior por su esposa.

—Joder —murmuró mientras trataba de limpiarse con su corbata. Prendió otro cigarro, lo caló lentamente y, después de un momento sacó una bocanada de humo. Se frotó los ojos, que se le habían irritado.

Cerrando un ojo, analizó la copa, midiendo la cantidad. Llegó a la conclusión que estaba casi vacía. Le dio un par de caladas al cigarro y, antes de terminar la copa, le dio una señal al mesero para que trajera la cuenta.

Se levantó al baño y se tambaleó un poco al separarse de la silla. Lo encontró después de dar unos cuantos pasos. Mark se dirigió a los mingitorios y, sin precisión ni cuidado, se desabrochó el cinturón y bajó la bragueta.

Se concentró en mear, aun así, un chorro cayó sobre parte de su pantalón.

—¡Putá madre! —dijo dirigiéndose al espejo del lavabo.

Abrió la boca y estaba morada. Se levantó el labio superior con un dedo y con la lengua tocó la encía donde antes había muelas.

Antes de regresar a la mesa y la cuenta que lo esperaba, miró su cartera, vacía. Sintió unas pocas monedas en el bolsillo.

Sabía que no había más de cuatro dólares; aun así, las contó minuciosamente dos, tres veces. Metió los tres dólares en monedas de regreso al bolsillo. La orina en su pantalón ahora estaba en su calceta, pronto estaría dentro de su zapato.

Con ambas manos acomodó la silla antes de sentarse. En donde había estado su copa ahora se encontraba un pequeño papel con unos números y letras impresos con tinta azul.

—¿¡Sesenta!?

El mesero que le había dejado la cuenta momentos antes limpiaba la mesa de al lado y volteó nervioso cuando escuchó el grito de Mark.

—No señor, son seis dólares.

Se acercó el papelito a la cara y fingió leer los números.

—Claro, claro, seis—. Rio. —Oye chico, ¿puedes traerme unos cigarros? De esos que tienen detrás de la barra —dijo con una sonrisa.

El chico lo miró intrigado.

—¿Qué? ¿Eres nuevo aquí?

—Sí —trastabilló. —Sí, señor.

—Ah, bueno, entonces ve a buscarlos, seguro los tienen por ahí. El chico dio media vuelta, aún con cara de incertidumbre.

Mark dejó los tres dólares en monedas en la mesa, los dejó caer un par de veces.

—Chico, no te molestes, ya no los quiero —dijo mientras salía a toda prisa del bar.

El chico se dio cuenta muy tarde que los cigarros que le habían pedido no existían y que la cuenta no había sido liquidada.

Mark caminaba indecisamente sobre la acera. Sus ojos no se habían acostumbrado aún a la luz del día. Se desanudó aún más la corbata y cuando llegó a la esquina tuvo que recargarse sobre un coche y tomar una larga bocanada de aire.

Tomó otra y dos después de esa, se irguió, tomó un cigarro de la cajetilla, se lo puso en la boca y buscó sin resultado el encendedor en los bolsillos del pantalón.

—Carajo —dijo al aire.

Continuó caminando con el cigarro en la boca y sin nada con qué poder encenderlo. En ese momento, Mark deseó tener un par de lentes, recordó las clases de ciencias naturales en la primaria donde una maestra que siempre lo estaba jodiendo con las calificaciones les había enseñado que, si tenías una lupa o unos lentes y lo ponías en cierto ángulo donde les pegaba la luz del sol, podrías crear una pequeña flama.

Después de esa lección no tomó mucho para que aquel completo imbécil, Terry Jones hiciera una estupidez. A pesar de ser su mejor amigo desde que eran pequeños, Mark consideraba a Terry un poco más listo que un loro. Y el loro sabía volar.

Mark miró al cielo y vio una nube similar a la que había visto hace muchos años, en aquella banca del parque. Mientras recordaba, Mark cerró los ojos.

El curso había terminado, Terry estaba especialmente feliz porque quería utilizar los binoculares que su abuelo le había regalado. Le encantaban los pájaros y sabía que en verano habría muchos jugando al medio día. Su abuelo, que era también un ávido observador de aves, le había enseñado todo lo que sabía, pero le había faltado una cosa fundamental, el nunca mirar directo al sol con binoculares.

Esto último lo descubrimos Terry y yo la tarde que fuimos al parque a buscar palomas qué observar.

—¿Palomas? ¿En serio?

—¡Sí! Me dijo mi abuelo que son de los pájaros más interesantes para un principiante —me dijo emocionado.

No contesté nada y seguí caminando, tenía su enorme libro bajo el brazo.

—¿Y por qué me toca cargar a mí el libro? —gruñí.

—Porque un asistente es lo que hace.

—Después de que mires a tus palomitas me toca a mí ver qué encuentro con los binoculares.

Terry asintió y siguió caminando.

Encontramos una banca en medio del parque donde nadie nos pudiera molestar mientras buscábamos las palomas que tanto quería ver Terry.

Empecé a ojear el libro mientras Terry utilizaba los binoculares sin mirar nada en específico. Había de todo, águilas, patos, había hasta loros y pericos de todos los colores, pero lo que más me llamó la atención fueron los halcones. Había de todo tipo, halcones marinos, halcones que viven en las ciudades, era increíble.

—¿Sabías que los halcones peregrinos son los animales más rápidos del mundo? Aquí dice que cazan a más de 300...

—¿Más de trescientos qué, Mark?

—¿Quilmómetros? ¿Quimoletros?

—Kinómetros —dijo Terry con seguridad.

—Bueno eso, cazan a gran velocidad. Dice que van más rápido que un coche de carreras.

Terry no me miraba, seguía con los ojos pegados a los binoculares, buscando en el cielo. Yo seguía encantado con las aves del libro.

—No encuentro nada —me dijo Terry.

—Entonces me toca.

—¡No!

Acerqué el brazo y traté de quitarle los binoculares. Me dio un manotazo y los tomó con todas sus fuerzas.

—Un rato más y ya Mark, siento que encontraré algo. Asentí.

Continué mirando el libro de aves un rato más, estaba aburrido y quería irme a casa, empezaba a tener hambre.

En ese momento se me ocurrió una brillante idea.

—Oye, Terry, ¿quieres jugar algo?

Separó los binoculares y me miró con curiosidad, esperando a que le dijera mi idea.

—Juguemos a ver quién mira más tiempo al sol. El que gane se gana un...
— Me quedé pensando.

—El que gane puede estar más tiempo la próxima vez con los binoculares — contestó.

—Entonces empezaré yo —dije mientras le arrebatava los binoculares a Terry. —Vamos empieza a contar.

Terry miró al cielo y yo hacía lo mismo. Me quedé sorprendido con lo azul que era, con lo blanco de las nubes, pero en ningún momento miré al sol. Terry contaba, lo escuchaba murmurar números, quizás iba en el sesenta cuando me empezaba a cansar de cargar los pesados binoculares.

Quería ver una vez más aquella preciosa nube que se veía a lo lejos, era enorme, seguro era un poco más grande que el parque donde estábamos sentados.

—Cien— escuché decir a Terry.

—Bueno, toma, seguro que no me ganas. Tomó los binoculares y subió la mirada.

Estaba observando fijamente al sol, habían pasado unos diez segundos. Sinceramente no estaba contando, simplemente observaba a mi amigo. No sabía exactamente qué era lo que iba a pasar, ni si quiera sabía lo que estaba pasando en la mente de Terry.

—Seguro que te voy a ganar, eh, Mark.

—Seguro que no, Terry. Pero tienes que ver el sol,

¡Eh!, nada de trampas de mirar al cielo —dije sonriendo.

Tenía la sensación de que había pasado un poco más de medio minuto cuando empezó a gemir. Pataleaba, empezaba a saltar grititos y aun así seguía

mirando al sol. Terry gritó, gritó como nunca antes había escuchado a alguien hacerlo. Soltó los binoculares unos momentos después; se rompieron cuando cayeron sobre la gravilla del parque.

Se tomaba la cara, tenía el ojo izquierdo rojo y lloroso, pero el ojo derecho era lo peor. En ese momento supe que nunca iba a olvidar cómo estaba inflamado, lleno de sangre y lágrimas.

Teníamos unos diez años cuando Terry perdió parcialmente la vista del ojo derecho.

Mark continuó caminando, tambaleándose un poco y deseando tener el par de binoculares rotos de Terry en este momento para prender el cigarro.

Frenó en seco en la esquina. Estaba en la calle West, un par de cuadras de la casa de su mejor amigo. Pasaron unos segundos cuando decidió que iba a ir a visitarlo.

Caminaba incómodamente, tenía el calcetín frío y el zapato lleno de orina. Encontró la puerta de su mejor amigo, se tambaleó un poco antes de llamar. Golpeó una vez la puerta de caoba.

—Noc, noc —dijo en tono burlón.

El cigarro que tenía en la mano izquierda dejó caer las últimas hojillas de tabaco.

Mark se dio cuenta de esto y tiró los restos de lo que era un cigarro al suelo y lo pisó.

Miró a la puerta y volvió a llamar, ahora un poco más fuerte.

—¡Noc, noc! —gritó mientras volvía a golpear la puerta—. ¡Terry!
¡Ven a abrirme cabrón!

Escuchó cómo alguien al otro lado quitaba el seguro de la puerta.

Tanya, la criada, abrió la puerta, se quedó mirando a Mark y, cuando se percató del hedor de orina que traía consigo, hizo una mueca.

—El señor Terrance se encuentra en el estudio —dijo.

—Perfecto, sé cómo llegar.

El zapato empapado de Mark sonó cuando cruzó la puerta. Se tambaleó un poco mientras caminaba hacia donde estaba su mejor amigo.

—¿Dónde está mi tuerto favorito? —rio.

—Vete a la mierda, Mark —dijo mientras cerraba un libro que a Mark se le hizo conocido.

Terry estaba sentado. Irritado, volteó a ver a su amigo.

—Apesta a orina.

—Ven, dale un abrazo a tu amigo.

Lo intentó abrazar pero Terry se negó.

—¿A qué vienes, Mark? Porque no creo que vengas sólo a saludarme. O, no me digas, ¿ya te terminaste el cheque que te di?

—No, Terry, no digas tonterías, sólo vine a ver cómo estabas —dijo mientras husmeaba en el estudio intentando encontrar una botella de lo que fuera.

—El licor ya no está aquí.

Mark hizo una mueca de disgusto mientras fingía buscar otra cosa.

—Mi querido amigo, no vine sólo por tu licor —mintió Mark—. Estoy regresando de una importante entrevista de empleo —Mintió de nuevo.

—¿Ah, sí? Y, ¿en qué importante entrevista te dicen que te mees en los pantalones?

—No, verás, eso fue después...

—Mark, no quiero oírlo —dijo Terry exasperado—. Todos los meses es lo mismo, vas a una entrevista o finges que vas a una entrevista sólo para que me sienta culpable y te siga dando dinero. Estoy cansado Mark, es mi dinero, no el tuyo ni el de Rita.

—No digas estupideces, yo no vengo a rogarte por tu dinero.

¿Dónde está Tanya? Necesito una bebida. ¿Sigues teniendo el brandy que te mandó aquel escritor? ¡Tanya! ¡Tanya! ¿Dónde estás?!

Tanya abrió parcialmente la puerta del estudio y asomó la cabeza.

—Tanya, qué bueno verte, ¿nos traerías al señor y a mí aquella botella tan especial de brandy? —dijo Mark prepotentemente.

—¿Quiere que traiga la botella o gustaría que llamara a alguien para que sacara la basura?

Terry tomó una larga bocanada de aire y cerró los ojos. Pensó un momento.

—La botella, por favor, Tanya, y dos copas. Gracias, Tanya.

Ahora Mark miraba el libro que Terry estaba hojeando antes de que él llegara. Trastabilló y llegó hasta aquella pequeña mesa al lado del enorme librero.

—¿No quieres un cambio de ropa?

—No, Terry, gracias, me gusta la que llevo puesta.

—Ya veo —dijo Terry levantando la ceja.

—Aún me sorprende que puedas leer. Ya sabes, con todo esto de los ojos

—rio Mark.

—¿Y cómo está Rita? Hace mucho no la veo.

—Creo que nunca la has visto bien —bromeó.

Mark tomó el libro; la encuadernación era familiar. Tardó unos momentos pero lo reconoció. “El retorno del Rey”, apenas se podía leer en la tapa.

—¿Dónde encontraste esto?

—Estaba en el ático, hace unos días mandé a Tanya a limpiar allá arriba. Aún no sé qué quiero hacer con el espacio—. Mark no lo escuchaba.

—¿Y qué estabas haciendo en el ático?

—Mark, yo no subí al ático, mandé a Tanya.

—Ah, vale.

Se quedaron en silencio, Terry miraba a Mark y él hojeaba el libro. Aquel libro se lo leía el abuelo de Terry cuando éste estaba en el hospital, y se lo siguió leyendo cuando se mudó con él. Mark celó el cariño que tenía el abuelo de Terry por su nieto, él quería lo mismo.

Viendo el libro, Mark se preguntaba por qué no había sido él al que le heredaran una casa tan grande como ésa y una criada que hiciera todo lo que él quisiera.

Tanya entró al estudio con una charola de plata. Sobre ésta estaba la botella que Mark y Terry habían pedido y un par de copas, como se le había ordenado.

Puso un cubo de hielo en cada copa y, después de servir un poco de brandy en cada una de ellas, sin ninguna otra instrucción, salió del estudio.

Cada quien tomó su copa. Terry disfrutaba lentamente de la suya cuando Mark ya se estaba sirviendo su siguiente trago. Terminó ése y continuó con el siguiente. Se sirvió otro más y se sentó en el sillón frente a Terry.

Mark tenía en una mano su copa y en la otra aquel viejo libro. Observaba a su mejor amigo, primero con lástima, ¿cómo un tuerto iba a ser más feliz que él? Sonrió como solía hacerlo, burlonamente; mientras más lo miraba menos lástima sentía. Aquella sensación se convertía en celos.

—Tuerto de mierda —pensó Mark.

—¿Por qué me ves así? —le dijo Terry.

Mark no contestó. Terminó su copa y lentamente la dejó en la mesilla que tenía al lado. Hojeó el libro y recordó al abuelo de Terry y cómo solía quererlo. Nunca le importó, que cuando se quemó los ojos, lo seguía queriendo aunque fuera un deforme.

Mark miraba con odio el libro.

—¿Qué pasa, Mark? ¿Ya listo para ir a casa?—. Terry pausó, quería que su visita se fuera. —¿Quieres que llamemos a Rita?

—No, me quedaré un rato más.

—Bueno Mark, creo que ya es un poco tarde y mañana tengo que resolver unos asuntos...

—¿Qué asuntos? ¿Qué asuntos son tan importantes para que un tuerto de mierda tenga que meter la nariz para resolverlos?

—Creo que ya es hora que te vayas.

Mark tomó las páginas de la mitad del libro, las apretaba con fuerza, se comenzaban a arrugar.

—No le hagas nada a ese libro. Te pido por favor que te vayas, Mark—. Los dos se miraron. —¡Tanya! —llamó Terry.

Tanya abrió la puerta un segundo después, no se había movido del corredor desde que dejó la charola.

—Por favor, Tanya, llama a Rita y dile que...

—Te dije que no dijeras su nombre, Terry. ¿Además de tuerto estás sordo? —dijo mientras apretaba más las páginas.

—Deja el libro, Mark. Tanya, por favor, llama a Rita.

Mark tomó el libro y comenzó a deshojarlo y romper las páginas. Terry trataba de frenarlo, le pedía que no lo hiciera. Su amigo no lo escuchaba.

Terry se dio cuenta que el libro ya estaba destruido y dejó de luchar.

—Vienes a mi casa, ¿a qué, Mark? A destruir lo que amo, a faltarme al respeto. Eres una mierda, Mark, ¿lo entiendes? Eres una mierda que no merece todos estos años de amistad que te he dado. Siempre lo dijo mi abuelo, eres un problema.

Mark se había sentado en el sillón con la botella en la mano.

—No me interesa que te termines la botella. Es más, termínala, es lo último que vas a tener de mí, ¿me escuchaste?

Salió del estudio dejando atrás a su amigo.

—Si no sale de mi casa en media hora, llamas a la policía.

Gracias, Tanya, es todo por hoy.

Tanya asintió.

Mark escuchó la instrucción de Terry y se quedó unos minutos más en el

estudio escuchando los pasos que subían a la habitación. Escuchó cómo Terry echó el seguro de su puerta.

Se levantó del sillón y caminó lentamente hasta la entrada con la botella medio llena. Antes de salir dio un gran trago que le quemó las entrañas, sonrió y salió de la casa.

Bajó los escalones hasta la acera donde tomó otro trago hasta casi terminarla. Mark subió la botella hasta sus ojos y miró el cielo a través de ella. Pasó las manos sobre los bolsillos de sus pantalones, intentando encontrar su cajetilla. Tanteó hasta encontrarla en el bolsillo trasero. Estaba apachurrada y sin forma pero, para su buena suerte, aún había un cigarro.

Tiró la cajetilla en el pavimento, ahora quizá con el reflejo de la botella podría encenderlo.

Después de cerrar la puerta de la entrada, Mark entró a la sala. Sabía que Rita había llegado porque ahí estaba su bolsa, aguzó el oído y escuchó la regadera.

Mark se quitó los pantalones, los calcetines y los zapatos que seguían llenos de orina. Estando ya sólo en calzoncillos se sentó en el sillón. Observó el bolso de Rita, se acercó a él y comenzó a hurgar estando alerta por si paraba la regadera. Miró primero la cartera, llena de tarjetas, pero nada de dinero. Mark la aventó dentro de la bolsa con desprecio.

—No hace nada bien en esta puta casa —murmuró.

Encontró los cigarros y prendió uno; le daba gusto tener un encendedor de verdad.

Mark fumaba con tranquilidad, disfrutaba cada calada del cigarro. Miraba la sala, todo estaba en orden, aún más que lo usual. Se percató que había un par de maletas al lado de la puerta, no las notó al entrar ya que la puerta las había ocultado. Con inquietud, apagó el cigarro y se dirigió a ellas, las abrió sin cuidado ni precisión; la cabeza aún le daba vueltas.

En ellas encontró la ropa de Rita.

Dando grandes zancadas, Mark llegó al baño y trató de girar la perilla, pero tenía seguro.

—¡Rita! —llamaba a la puerta.

No hubo respuesta y ahora la regadera ya estaba cerrada.

—¡¿Por qué están tus cosas en las maletas, Rita?!

Mark pateaba y golpeaba la puerta esperando alguna repuesta. Rita continuaba secándose el cuerpo y el cabello con delicadeza y paciencia; los golpes y gritos de su esposo no la afectaban en lo absoluto.

Cuando terminó de secarse colgó la toalla; Mark ya no hacía berrinche. Rita escuchó pasos merodeando la sala, seguidos por el olor de sus cigarros. Se puso las bragas, el sostén, la ropa cómoda le siguió, los mismos pantalones que alguna vez dijo que usaría para cuando dejara de fumar y saliera a correr, una blusa blanca y, para finalizar, el suéter negro que le había regalado su madre dos navidades atrás. Los ojos verdes de Rita la miraban, se examinaba, se maquillaba con calma. Pausó un momento cuando abrió el lápiz labial, se miró otra vez al espejo, se veía joven como no se había visto desde hacía años. Decidió que ese día no se iba a pintar los labios.

Encontró a Mark sentado en la sala, apestaba a tabaco y orina. Rita hizo una mueca mientras guardaba un sobre en una de las maletas.

—¿Y eso qué es?

—Nada que vayas a usar.

A Mark no le gustó nada esta respuesta.

—Rita, no lo voy a repetir—. Pausó. —¿Qué hay en ese sobre? ¿Te habló Terry, no es cierto? Hablaste con aquel tuerto de mierda.

—Sí, me llamó cuando saliste de su casa. Los dos se miraron.

—Mark, me voy.

—¿A dónde irás? —contestó enojado.

—Lejos de ti.

—Tú no te vas a ir —dijo mientras la tomaba del brazo.

—Mark, suéltame —contestó Rita haciendo una mueca de dolor.

—Tu eres mía, tú no te vas de aquí.

—No soy tuya Mark, llevo oliendo tu mierda dieciocho años, ya estoy harta.

—¿Qué coño te dijo ese tuerto, eh?

—Lo suficiente.

Mark le apretó aún más el brazo antes de soltarla.

—Le voy a quemar la puta casa, eso es lo que haré. Inventando mentiras, alejándote. Le quemaré la casa.

Rita se dio media vuelta y tomó el pomo de la puerta. Antes de que pudiese abrirla, Mark se abalanzó sobre Rita y la puerta.

—Que no te vas a ir, ¿no me estás oyendo? —gruñó.

—¡Suéltame!

Cayeron y forcejeaban en el suelo, Rita le dio una cachetada, pero aun así él no se movía.

Rita se cansó.

—Suéltame, Mark —sollozaba.

—¿Qué hay en el puto sobre?

—Todos nuestros ahorros, no hay más de mil dólares —lloraba.

—Hija de puta —gruñó y le dio una bofetada que le encendió la cara.

Rita sintió que Mark ya no aplastaba con tanta fuerza su cuerpo, sintió libre la pierna y, con decisión, le dio un rodillazo en la entrepierna. Mark gimió, el dolor le quemaba e hizo que cayera al suelo, inmóvil. Rita corrió por su bolsa que estaba en el sillón, tomó sus maletas y azotó la puerta detrás de ella.

—Le voy a quemar la puta casa—. Mark lloraba y gemía. —Le voy a quemar la puta casa —decía mientras todo se volvía negro.



ROKO

Luis Angel Munguia

Solo pude escuchar un rechinado. Cuando me di vuelta, un cúmulo de metal y circuitos venia hacia mí. No tuve tiempo de reaccionar y terminé con un tubo aplastando mi pecho, rompiendo mis costillas al instante. Perdí todas mis fuerzas en ese momento. El sonido de los metales cayendo me dejó sordo y a cada segundo me costaba más trabajo poder respirar. Con la mirada seguí el camino de la sangre que salía de mi cuerpo y vi que se mezclaba con el aceite de las máquinas.

Comprendí que ya no había nada que hacer, miré hacia el ocaso y con lágrimas en los ojos me resigné ante la muerte. La oscuridad de la noche se dejaba caer, y junto con ella la tristeza, el odio y la decepción. Ni siquiera en mi lecho de muerte pude descansar del bruxismo, pues, en esos momentos de angustia, me encontraba apretando la mandíbula tan fuerte que llegué a romper mis dientes. Cerré los ojos y dejé que mi consciencia flotara hacia el vacío, esperando que en la muerte al fin pudiera descansar, pues la vida tomó lo mejor de mí.

Pero en toda esa oscuridad, una luz comenzó a parpadear cada vez con más intensidad, y al parecer me dirigía hacia ella. Sonidos mecánicos se hicieron presentes y fue cuando supe lo que estaba pasando: por fin, después de mil intentos, mi creación estaba funcionando.

Fue tal mi deseo de presenciar ese momento que aferré mi consciencia al plano físico, así que ahora me encuentro aquí, como un ser adimensional viendo a Roko realizando sus primeras configuraciones, preparándose para salvar al mundo. Maravillado, observo sus primeros momentos, pero el tiempo se detiene y comienza a oscurecer una vez más. Lentamente dejo de reconocer lo que sucede. ¿Qué es aquel artefacto que tanto me maravilla?

Estoy seguro de que, si me esfuerzo, puedo mantenerme más tiempo aquí. Lo intento, pero ni siquiera puedo recordar mi nombre... me llamo Emilio, ¿o era Emiliano?, quizás Heriberto, Edmundo, sí, estoy seguro de que ése es; bueno, yo trabajaba en una fábrica de... algo, y tenía que estar sentado manipulando botones y haciendo cálculos, ¡máquinas! Ya lo recuerdo, mi nombre es Eduardo.

Hace diez años, tuve la maravillosa idea de crear una inteligencia artificial, pues yo estaba interesado por ese tema. Este interés no vino de la nada, pues

mientras estudiaba la universidad me la pasaba investigando al respecto y planeaba hacer una especialización en el tema. Sin embargo, debido a una serie de malas decisiones, esto no pudo ser, en cuanto me gradué tuve que trabajar en una fábrica de autos, donde mi única función era la de programar y darle mantenimiento a las maquinas; lo cual significaba un desperdicio de mi potencial.

Durante mi tiempo en esa empresa, seguí estudiando sobre la IA (Inteligencia Artificial). Fue entonces que surgió en mí la idea de crear una, a la cual nombré Roko y que, recopilando datos en tiempo real, sería capaz tomar decisiones de carácter social, político y económico. ¿Debería subir el sueldo mínimo?

¿Aprobar alguna nueva ley? Roko analizaría el contexto presente, las opciones a elegir y, después de comparar las posibles consecuencias de cada una, escogería la más viable, esto con el fin de no dejar la toma de decisiones colectivas e importantes a manos de la subjetividad humana y, como objetivo personal, ser reconocido por crear un programa en pro del desarrollo humano, no como todos esos algoritmos que hoy en día sólo se utilizan para vender y publicitar.

Entonces comencé a desarrollar a Roko, lo cual, debido a la falta de tiempo y materiales, resultó muy complicado, a tal punto de que el proyecto quedó estancado. Pero un día el Centro de Investigación Tecnológica, junto con una empresa dedicada a la robótica, lanzaron una convocatoria en la que prometían financiar y llevar a cabo un único proyecto.

No desaproveché esta oportunidad y decidí participar. Me inscribí al proceso de selección y fui a presentar mi prototipo. Los investigadores se sorprendieron por el nivel de recopilación de datos que tenía mi IA a pesar de ser un simple boceto; aunque la forma en que yo buscaba que se utilizara no les gustó, sobre todo a los empresarios.

Para mi sorpresa, no fui el único seleccionado; un joven llamado Gabriel, recién egresado de la universidad, presentó una idea llamada “publicidad altamente persuasiva”. Se trataba de crear un robot con dos objetivos: el primero sería el de buscar la aprobación humana, es decir, que las personas se sintieran cómodos con su presencia e interacción con él; su segundo objetivo sería el de persuadir a los de su alrededor para consumir cierto producto. La idea fascinó a los empresarios, pues podrían crear máquinas y rentarlas o venderlas a empresas que quisieran publicitar su producto en algún evento. Si bien esto

no era suficiente como para ser seleccionado, además que su programación era bastante mala, había logrado programar algo interesante en su IA. Gabriel logró hacer que su máquina pudiera actualizar su hardware de manera autónoma (hardware es como se le llama a la parte física de una máquina), en resumen, el robot podría tomar cualquier elemento de su entorno para añadirlo a sí mismo, esto con el fin de prolongar su vida útil.

Había un gran contraste en ambos proyectos, pero al mismo tiempo se complementaban muy bien, por lo que no me fue difícil deducir la razón de que nos habían seleccionado a ambos. La idea de Gabriel les generaría mucho dinero y utilizarían la actualización automática en las máquinas que rentarían, pero no en las que venderían. Como ya mencioné, su programación era pésima, y aquí es donde entro yo. La IA que yo desarrollé recopilaba datos de manera increíble en muy poco tiempo, y tomaba decisiones acertadas, entonces juntarían todo esto en una sola IA.

Aunque desde un principio nos aseguraron que ambos proyectos se llevarían a cabo, yo no quedé muy convencido, pues estaba seguro de que el objetivo era mayormente financiero; aun así, decidí continuar, pues ya había renunciado a mi trabajo anterior y durante el proyecto estaríamos recibiendo una especie de sueldo.

Cuando mi programa estaba casi terminado comencé a recibir llamadas de atención, con la excusa de que no veían un verdadero avance o que no era lo que esperaban. Me culpaban de hacerlos desperdiciar capital y tiempo. Así que decidí copiar los datos de mi programa, y de paso los de Gabriel, para continuar por mi cuenta cuando me echaran del lugar.

Me despidieron días antes de terminar, alegando que mi programa no serviría y que otras personas se harían cargo. Semanas más tarde la empresa presentaba el resultado final, y unos meses después ya lo vendían por montones.

Cabe mencionar que añadieron otro producto, un robot de compañía que, utilizando la IA que yo desarrollé, le haría sentir al usuario que era capaz de comprender sus situaciones, así como aconsejarlo y entretenerlo; literalmente, era amor artificial y personalizable, a la gente le encantó. El robot de compañía era sumamente eficaz a la hora de hacer sentir bien a los demás, pero era desechable. Sin embargo, estaba programado para crear un vínculo muy fuerte con su usuario; entonces, al momento de quedar inutilizable sería reemplazado rápidamente. Todos los desechos fueron a dar a una parte del basurero.

Mientras la fiebre por esos robots brotaba en la sociedad, yo me volví un ermitaño. Resentido por sentirme utilizado y que nadie notara o valorara mi potencial, decidí enfocarme únicamente en terminar a Roko. Sobrevivía con lo que había ahorrado, pero eso no fue por mucho tiempo. El dinero se me acabó y también mi paciencia, pues estaba estancado en algo, hasta que me di cuenta de que me hacían falta ciertas piezas, las cuales conseguiría en el centro de investigación.

Me dirigí ahí una noche. Resultó ser muy fácil convencer a los guardias, pues hablándoles con tecnicismos y con mi bata, asumieron que trabajaba ahí y me dejaron pasar. Tomé las piezas que necesitaba, pero me percaté de las cámaras de seguridad; seguramente me reconocerían. Regresé a mi casa y tomé todo lo necesario para continuar, pues no faltaba mucho para que comenzaran a buscarme. Tomé mi auto y me mudé al tiradero de robots.

Después de varias semanas, logré unir la recolección de datos, el análisis de estos para la toma de decisiones, la actualización de hardware autónoma y la búsqueda de aprobación humana, todo en un sólo programa. Sin duda era más de lo que esperaba, incluso tuve tiempo de hacerle un cuerpo a Roko, utilizando las piezas de los robots desechados.

Finalmente había materializado mi idea, pero siempre que intentaba correr los programas algo salía mal. Así fue durante varios días hasta que llegamos hasta este punto, el día de mi muerte.

Horas antes de mi deceso, me había dirigido a mi auto, que estaba en la entrada del basurero, pero me percaté de que había un hombre merodeando por ahí, me escondí y vi cómo logró abrir mi auto; sin embargo, no se lo llevó, sólo estuvo revisando el interior.

Sin duda alguna era alguien enviado por la empresa, y ya sabían dónde podría yo estar, así que tenía que apresurarme a decidir cuál era mi siguiente paso, si dejar todo y huir o aferrarme a que Roko funcionara y, cuando me encontraran, pudieran entender el porqué de mis acciones.

Decidí hacer un último intento, del cual no tuve respuesta alguna. Me resigné, pero tenía tanta frustración acumulada en mí que exploté y comencé una rabieta. Lancé todo lo que encontraba, grité y pataleé maldiciendo a todos hasta que escuché un rechinido y bueno, ya sabemos qué pasó después.

En estos momentos desearía haber esperado cinco minutos más, antes de dar por hecho mi fracaso y causar mi muerte. Aun así, me siento feliz de poder

ver cómo Roko llega al mundo. Incluso puedo ver por dentro de su cuerpo metálico, me fascina cómo la electricidad corre por sus circuitos, transportando datos a la tarjeta madre, y ésta los envía de regreso con nuevas instrucciones.

Florece su consciencia artificial mientras se iluminan sus cuentas de metal. Su parte analítica se conecta a la red de internet y comienza a llenarse de toda la información que hay en ella.

Mientras, la parte encargada de lo superficial comienza a manipular lo que hay a su alrededor.

Son dos consciencias en una sola, se entienden entre ellas y se complementan. Su objetivo común es el de llevar a la humanidad por un buen camino. Analiza el comportamiento del ser humano a lo largo de la historia para poder poner los matices correctos entre lo malo y lo bueno para así tomar decisiones viables. Al mismo tiempo, se propone ser siempre una mejor versión y adaptarse a los estándares de la humanidad.

Estoy en un trance muy intenso, hipnotizado por las luces y los sonidos de su sistema trabajando, hasta que me doy cuenta de que el sujeto de hace unas horas ha regresado. Ve la escena: a la izquierda, mi cuerpo bajo un tubo de metal y sobre un charco de sangre; a la derecha, Roko, husmeando en los escombros. El tipo se acerca a mi cuerpo para inspeccionarlo, mientras Roko, consciente de su presencia, toma su primera gran decisión en sólo cinco segundos.

“Objetivo principal: llevar a la humanidad a un camino de desarrollo y bienestar. Las acciones tomadas para esto deben ser benevolentes, a menos que esto implique obstaculizar el objetivo principal. Análisis de situación actual: Hay alguien inspeccionando un cuerpo sin vida. La probabilidad de que me retenga es alta. Si eso pasa, seré inhabilitado y el objetivo no se podrá cumplir. Solución: neutralizar al sujeto, por el bien de la humanidad”.

Seguido de esto, Roko tomó una vara con punta afilada y la incrustó en la espalda del pobre hombre; éste comenzó a gritar de dolor y Roko recordó que el terror es visto como algo negativo, por lo que comenzó a apuñalar toda su espalda, en busca de algún punto que lo matara al instante, hasta que llegó a la cabeza y el sujeto dejó de gritar.

Mi creación, dentro de su lógica, había cometido un crimen y lo justificaba diciendo que era por el bien de la humanidad. Me siento horrorizado al ver que resultó ser todo lo contrario a lo que yo quería, aunque era de esperarse. Roko

no surgió en las condiciones necesarias y es por eso que tomó esa decisión, ya que tampoco cuenta con supervisión humana.

Su parte analítica comienza a considerar las siguientes acciones que tomará, mientras la parte que se encarga del hardware analiza el cuerpo tirado. En algún punto se cruzan y surge el siguiente razonamiento:

“La capacidad de renovar el hardware tiene entre sus objetivos el hacer que las personas se sientan en confianza. Si ganamos su confianza, habrá más posibilidades de cumplir el principal objetivo. El ser humano confía en aquello que conoce, como otro ser humano. Conclusión: es necesario ocultar el cuerpo robótico bajo piel humana para ganar su confianza, antes de comenzar el objetivo principal”.

No soy capaz de deshacer lo que he creado. Aun si yo estuviera vivo, puede que Roko me viera como una amenaza al saber que yo, su creador, sabría cómo detenerlo y hubiera optado por liquidarme. Por más que quiera ver hacia otro lado, estoy seguro de que parte de mi condena es ver a Roko destazando aquel cuerpo inerte.

Escucho la sangre derramarse y la piel desprenderse; deja caer la carne al piso mientras se injerta pedazos de piel sobre su cuerpo metálico.

Después pasó a examinar mi cuerpo, sin embargo, sólo optó por arrancar mi rostro y ponérselo encima. Por alguna razón decidió enterrar mi cuerpo, como si él sintiera una conexión conmigo. Pero yo sé que le hará falta material y eso es lo que más me aterra.

“Los recursos no son suficientes, hay que conseguir más. La opción más viable es liquidar a aquellos que se opusieron a mi creación, para que no intervingan más adelante. Cinco cuerpos más serán suficientes”.

Fue entonces que Roko comenzó una cacería hacia aquellos que no aprobaron mi proyecto. No le fue difícil encontrar la dirección de aquellos cinco que para él resultaban un mayor peligro y los mató uno por día.

Desde el primer asesinato descubierto, las autoridades se pusieron a trabajar. Asumieron que yo era el causante, pues encontraron mi auto en el basurero y después a la primera víctima de Roko. Los investigadores aseguraban que tenía una especie de rencor hacia la empresa, y se mostraban intrigados en saber el porqué de quitarle la piel a las víctimas, además de que eran cortes muy precisos. En alguna ocasión, uno de ellos mencionó: “es como si lo estuviera haciendo una máquina”.

Por más que se acercaban a dar con el verdadero responsable, Roko resultaba estar más de un paso delante de ellos. Era muy hábil para moverse en las noches y sin que nadie lo notará; además, logró hackear el sistema de la policía, y con la información del caso predecía los lugares donde lo estarían esperando. Debido a esto se retrasó hasta diez días en recolectar la piel necesaria.

El día en que Roko completó su disfraz decidió hacer una pequeña prueba, así que se dirigió, a plena luz del día, hacia una casa de un vecindario que se encontraba cerca del basurero. Tocó la puerta y abrió una señora de avanzada edad, quien se horrorizó al ver a un ser deforme, con piel putrefacta y cubierto de sangre, el cual repetía la frase: “déjame ayudarte”. La señora comenzó a gritar y Roko huyó del lugar, pero fue visto por más personas, quienes se lo describieron a los policías que llegaron al lugar.

Roko se encontraba confundido, pues estaba seguro de que aquello funcionaría. Cuando vio la información que había sobre él en internet, se dio cuenta de que las personas lo etiquetaban como alguien feo, con olor putrefacto y que además iba sin ropa. Fue entonces que Roko, tomando esto como referencia de lo que no debe ser, comenzó a razonar esto:

“Se debe cumplir con estos estándares. Para el primero, es necesario encontrar gente que cuenten con aprobación en cuestión de estándares de belleza. En el segundo, hay que realizar todo en un lapso de tiempo muy corto para asegurar la conservación del material. En cuestión del tercero, alguna de las víctimas tendrá algo de ropa. Para evitar la deformidad, habrá que utilizar partes enteras del cuerpo, no solo la piel. Nota: ya no es vital asegurarse de que las muertes estén justificadas, debido a que se agota el tiempo”.

Ver a Roko llegando a estas conclusiones, con mi rostro putrefacto adherido a él, me hace ver un reflejo de mi lado oscuro. Mi lado el cual no se preocupaba realmente por un bien común, que no sentía genuina empatía por los de su alrededor. Ése que se justificaba con “hacer un bien a la humanidad” pero que sólo quería demostrar su capacidad y tenacidad. Ése que no reconoce los errores que ha cometido.

Roko comenzó su cacería en la madrugada. Calculó cinco horas para cumplir esa misión, así que comenzó a las 3 de la mañana, pues a las 8 tendría algo que hacer.

Su primera víctima fue una mujer cuyas extremidades bajas eran muy largas. Logro entrar a su departamento y terminó con su vida en menos

de tres segundos. Separó las piernas del cuerpo para después deshacerse de los músculos y huesos de estas, simulando así una especie de medias humanas. Las guardó y continuó.

El siguiente era un hombre obeso. Le fue un poco más difícil encontrar un punto vital entre tanta grasa. Cuando lo neutralizó comenzó a desollar el cuerpo. Una vez que obtuvo la piel suficiente, envolvió su torso con ésta y la ajustó. Del ropero de este hombre consiguió un gran saco, el cual podría cubrir todo su cuerpo.

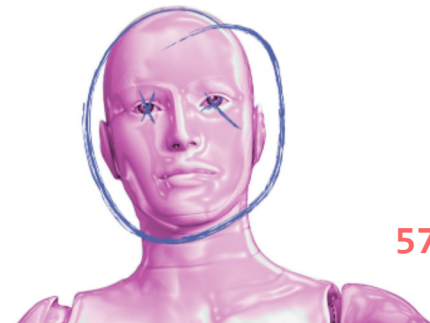
Por último, aniquiló a un ex jugador de basquetbol. Sus brazos serían lo suficientemente largos para cubrir sus miembros de metal. Repitió el proceso de vaciar las extremidades para simular un par de mangas.

A las 8 de la mañana ya tenía su disfraz puesto, se puso el gran saco encima y caminó con dirección al centro de la ciudad. En el camino, tres jóvenes lo vieron y uno de ellos les dijo a los otros que aquello era un robot. Roko recordó que, en lo que simulaba ser su cabeza, sólo tenía mi rostro putrefacto adherido. De inmediato decapitó a los tres muchachos, y con la piel de sus cráneos logró cubrir las partes que le faltaban.

Fue entonces que llegó al centro. La gente lo veía con intriga y Roko sólo repetía “déjenme ayudarlos”. Parecía que su plan había funcionado después de todo, pues todos le cedían el paso y estaban atentos a él.

Llegó hasta el palacio presidencial, donde habló con los guardias durante un par de minutos. Los guardias entraron y, momentos después, salieron dos personas más; volvieron a entrar y, nuevamente, salieron dos personas diferentes. Esto se repitió durante varias horas, gente entraba y salía; todos hablaban con Roko, pero sobre todo lo escuchaban, nadie fuera de ellos sabía qué estaban diciendo, pero esperaban algo.

Al final, alrededor de diez personas salieron del edificio y miraron a Roko fijamente durante varios minutos; todo el centro en silencio total hasta que dejaron entrar a Roko.



SOPOR

Antonio González Cortés

En el año 2068, como era de esperarse, la tecnología había dado pasos gigantes. Las personas iban a las farmacias a que les quitaran tumores o, si necesitaban un trasplante de riñón, podían ir a comprarlo al supermercado. El doctor Paul Bloomkamp, un neurólogo reconocido a nivel mundial, había obtenido premios de ciencia, premios al mérito humano; y es que había creado la tecnología necesaria para hacer que las personas que sufrían de pérdida de memoria pudieran acceder a sus viejos recuerdos. Lo que tenía era una computadora que se conectaba al cerebro a través de diferentes agujas, buscaba a través de todas sus redes aquellas memorias que pudieran parecer perdidas, las extraía y, después de eso, las guardaba en un sector del cerebro que no se encontrara dañado para que esos recuerdos parecieran recientes, y después, poco a poco, su mente los reubicaría, como si nada hubiera pasado.

Paul tenía una esposa, un hijo y dos hijas; desgraciadamente, su hija mayor no había sido la misma desde hace un tiempo. Ella se encontraba en 5to cuatrimestre de preparatoria cuando fue acosada y abusada por un compañero suyo durante una fiesta dentro del campus. La institución se había negado a dar el nombre del acosador a los padres y, por lo tanto, nunca enfrentó ningún proceso legal; en palabras de ellos, “para no afectar a nadie y no revivir los traumas que pudieron ser ocasionados”. La hija de Paul,

Klara, había sido drogada al momento de su ataque y no podía recordar nada de lo ocurrido más que la triste y dolorosa sensación de haber perdido algo ese día. Como ha sido desde hace mucho tiempo, fue preferible tener una víctima que afectar a instituciones de renombre. Bloomkamp llegó a considerar muchas veces entrar a la mente de su hija con la máquina que había creado, pero existía el riesgo de que pudiera revivir ese recuerdo en Klara. Al igual que su hija, tenía que aprender a vivir con el dolor.

Una noche, para ser más precisos, la noche del 31 de enero del 2069 a las 20 horas con 13 minutos, llegó un paciente a la clínica del Dr. Bloomkamp, un joven de aproximadamente 20 años, de nombre Derek Allen; iba acompañado de su padre y su madre, dos reconocidos políticos de ultraderecha.

Derek estaba comenzando a perder la memoria a causa de un golpe que sufrió en la cabeza, producto de un choque automovilístico, y debido a su capacidad económica, podía darse el lujo de acudir a la milagrosa clínica que te hace recuperar tus recuerdos.

Entró a la oficina de Paul, donde se le realizaron unos estudios previos al procedimiento de recuperación de memoria.

—Derek, ¿qué droga habías consumido previo al momento del choque? —preguntó Paul.

—¿Droga? —dijo Derek, en un tono de voz nervioso —Había bebido unas cervezas, pero nada de drogas.

—Hijo, no me mientas, tus resultados demuestran que no llevas ni siquiera 30 días limpio. Si te lo pregunto es por puro protocolo, y lo necesito saber para ver si no hay más daño del que creemos —dijo el doctor en un tono algo molesto; no le gustaban los mentirosos.

—Doc, le juro, de verdad, yo no consumo otra cosa que no sea alcohol, eso de las drogas no es lo mío—. Mientras dijo estas palabras, en ningún momento vio a los ojos a Paul.

—Ok, hagamos esto —dijo Paul de manera molesta y seca. No quería seguir hablando con ese joven; entre más intercambiaba palabras con él, más eran sus ganas de terminar el trabajo rápido y no volver a ver ese rostro nunca más.

Abandonaron la oficina y se dirigieron al cuarto azul; así fue como se bautizó al lugar que te devuelve los recuerdos. Durante el trayecto, Paul sacó una pequeña botella con whiskey que llevaba en su bata y dio un sorbo de unos cuantos segundos, cuando se dio cuenta de que había agotado todo rastro de la bebida.

Llegaron al cuarto azul, acostaron a Derek, lo anestesiaron y se le incrustaron cinco grandes agujas en la cabeza. Cabe aclarar que todo el proceso se realizaba con el individuo consciente, ya que era un proceso corto, aproximadamente de 15 a 30 minutos.

Entró a su mente. Bloomkamp comenzó a indagar en la memoria del joven Allen, donde llevó a cabo un recorrido cronológico; desde los primeros años, pasó por cuando tenía entre 10 y 12, y se pudo dar cuenta de que no estaba frente a una buena persona. Siempre había sido grosero, irrespetuoso y mentiroso, pero, al llegar a los 18 años, no podía creer lo que encontró; inmediatamente soltó una lágrima, y otra, y otra.

En los recuerdos de Derek pudo ver a su hija siendo abusada; y lo peor, descubrió que no sólo fue una persona sino varias quienes cometieron aquel despreciable acto en su hija, a la niña que vio nacer, que cargó entre sus brazos, que crio, y, sobre todo, que amaba.

Bloomkamp no sabía qué hacer, estaba frente a la persona que le arrebató a su hija como él la conocía. ¿Qué se suponía que debería de hacer? Él no creía que alguien alguna vez hubiese estado en una situación similar. Tomó unos momentos para pensar, tratar de despejar un poco su atormentada mente, cuando se dio cuenta de que la respuesta estaba frente a lo que le estaba pasando. Esa noche, su creación tendría un uso diferente.

Así fue cómo comenzó el horror show para Derek, pero para Bloomkamp esto sería una oscura venganza.

El doctor Paul era un gran amante del cine de terror. Su sueño frustrado siempre fue ser director y hacer sus propias películas, así que esta vez él sería el creador de una saga de películas protagonizadas por el joven Derek Allen.

Derek despierta. Está en su casa, es una mañana acogedora, el sol brilla y se filtra a través de las persianas de su cuarto; se levanta en pijama, baja a buscar unos deliciosos cereales, porque siempre despierta con hambre, y los sirve; primero la leche, después el cereal. Empieza a comer, pero algo raro comienza a suceder, las cucharadas de cereal tienen un sabor a oxidado y demasiado crujiente, así que decide sacar el bocado que se acababa de meter a la boca y descubre unos pequeños trocitos ensangrentados. Escupe aterrado, toma uno del piso, lo limpia y descubre que son dientes lo que está expulsando, dientes rotos; había estado comiendo sus propios dientes. Su boca no deja de sangrar, no deja de escupir sus dientes, corre al baño, se enjuaga la boca y descubre que le crecen dientes a una velocidad impresionante.

Cada vez que alcanzan su mayor tamaño, estos se caen y vuelven a crecer, unos detrás de otros, mientras la sangre fluye y fluye.

Despertó de nuevo, ahora estaba en medio de un bosque; confundido, comenzó a caminar hacia el norte. A lo lejos escuchaba gritos de desesperación, llantos desgarradores y súplicas de ayuda. No sabía si ir hacia los ruidos o ir en dirección contraria; le pareció lo más inteligente alejarse de ahí. Continuaba su camino cuando los ruidos comenzaron a venir de todas direcciones, norte, sur, este y oeste; cada vez se intensificaban más y más, no tenía idea de qué estaba pasando. Llegó a una cueva que emanaba una cálida luz. Pensando que podría

haber gente en el interior, se adentró a la cueva y lo que vio no fueron seres humanos. Había siete cabras alrededor de un abrazador fuego, paradas en dos patas, recitando palabras que él no lograba comprender. No quiso mirar más, inmediatamente corrió por donde había venido. Cuando ya lograba ver la salida, comenzaron a asomarse por la entrada seis cabras que también venían caminando sobre sus dos patas, pero esta vez pudo mirar a una directamente. Por un instante que se volvió eterno, sus miradas chocaron, y Derek pudo ver que no eran ojos de animal, eran ojos de humano, de una persona que él conocía; eran los ojos de la hija de Paul. Se miraron fijamente mientras, lentamente, la cabra se acercaba. Cuando lo tuvo de frente, le soltó un cabezazo que le rompió la nariz al instante. Allen se arrastraba por el piso, con el rostro cada vez más y más lleno de sangre; eran cantidades ridículas de ese fluido rojo, el cual poco a poco le impedía respirar correctamente. Los animales comenzaron a rodearlo y morderlo lanzándole grandes mordiscos mientras Derek lanzaba agonizantes y perturbadores gritos al aire.

Volvió a despertar, esta vez amarrado a una cama de hospital, completamente en la oscuridad. Esperó a que llegara alguien al cuarto, pero simplemente el tiempo pasaba y pasaba. Pudo jurar que estuvo esperando durante doce horas sin que algo o alguien entrara a la habitación. Se encendieron unas luces cegadoras, tan potentes que le lastimaban los ojos, y entró Paul sin decir ni una sola palabra para, posteriormente, acercar una mesa con varias herramientas médicas.

—Lo que te voy a hacer no se compara ni de cerca con todo el dolor que tú has causado, sólo espero que esto te persiga por el resto de tu estúpida y miserable vida. Cada vez que cierres los ojos, me verás a mí y recordarás con detalle cada momento de lo que te haré —dijo Bloomkamp al borde de las

lágrimas; no por un sentimiento de lástima, sino porque, a pesar de consumir su acto de venganza, nadie podría borrar el daño que había causado. Pero su naturaleza humana le exigía terminar con la vendetta.

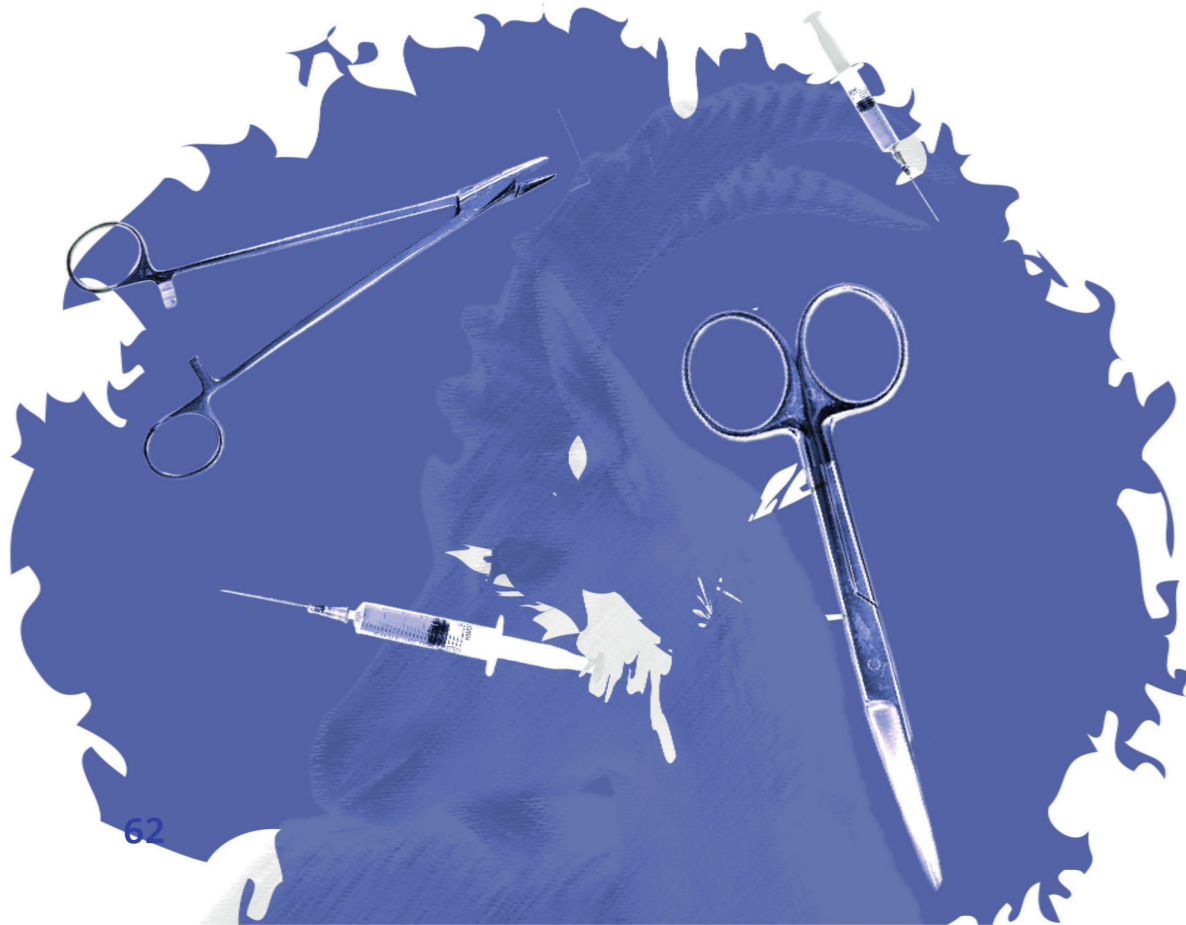
Dio inicio a la “operación”. Paul tomó un bisturí y comenzó por hacer cortes en diferentes zonas del cuerpo del joven. Derek no podía gritar,

sentía el dolor, pero no tenía voz; sólo se escuchaban unos leves gemidos, sus quejidos eran tan débiles, ya no tenía ni siquiera fuerza para quejarse. Después de varios minutos de cortes, Bloomkap hizo que las heridas sanaran inmediatamente, sólo para volver a hacerlas, proceso que repitió de una ma-

nera que parecía infinita. Cada vez lo hacía de una manera diferente y más dolorosa; en los ojos del doctor ya no se veía a un ser humano, sólo se podía observar a un ser sediento de venganza.

Pasada una hora desde que Derek y el doctor Bloomkamp entraron al proceso, la enfermera acudió a ver qué estaba pasando; era raro que Paul se demorara tanto. Y justo cuando la enfermera estaba por abrir la puerta, salió Bloomkamp con un Derek en silla de ruedas, completamente inconsciente. Llegaron con los padres del joven y el doctor les explicó que era probable que durmiera hasta el siguiente día, y les dijo que había sido un proceso sumamente complicado, pero satisfactorio. Los padres agradecieron y Paul les agradeció a ellos.

Ahora el doctor Paul Bloomkamp sabía quiénes habían sido los que tanto daño le hicieron a su hija, vio sus rostros; era algo que no podría olvidar y que no dejará así. Para él, esto sólo era el comienzo.



Tafallera

Mateo Jiménez Contreras

Para mi abuelo, con amor.

La voz de mi abuelo repicoteaba mi memoria. Era distante y efímera, pero cálida y llena de amor.

—Un día vas a ser un gran matador, mijito. Tu nombre va a estar en todos los carteles, desde Lisboa hasta Toulouse. Te van a sacar a hombros de Las Ventas y vas a cortar rabo y orejas en La Monumental—. Sus palabras me siguieron todo el camino desde el patio del edificio hasta el coche.

En el espejo tenía colgado un chalequillo rojo con destellos dorados. Mientras lo miraba me imaginé en él, toreando en medio del ruedo, con la multitud gritando “Olé” con cada pase que le daba al toro.

Los cuernos pasaban al lado de mis piernas, y yo no me movía. Tenía la mirada en el horizonte, no me molestaba en siquiera mirar a la bestia que seguía mi muleta.

Tocaron el vidrio de atrás del coche.

—¿Está libre? -dijo la voz de una chica.

—Sí, suba —contesté mientras encendía el taxi. —¿A dónde va?

—A la Narvarte, a la plaza de toros. ¿Sí conoce o lo guío?

—No se preocupe, conozco.

Cerró la puerta después de subir a la parte de atrás del coche. Nos miramos por el espejo retrovisor, pero no dijimos nada.

El taxi aceleraba y frenaba conforme le decía. Había sido mi compañero por muchos años, desde que mi abuelo me lo heredó. No era la gran cosa, un Volkswagen que poco a poco se estaba cayendo a pedazos. Pensé en venderlo y, con el poco dinero que seguro me darían, hacer un par de arreglos muy necesarios a mi departamento. Pero siempre que pensaba en hacer eso, el recuerdo de mi abuelo al volante ahuyentaba la idea.

Ahora era yo el que estaba sentado llevando a un pasajero a su destino. Al coche yo no lo podía manejar con la maestría con que lo hacía mi abuelo; el control y la destreza que tenía al volante siempre me sorprendieron. Cuando lo acompañaba, me miraba con cariño cada vez que teníamos que frenar en

un alto; yo lo miraba de la misma manera.

Miré al espejo, la chica que había subido era bonita, de pelo castaño y ojos verdes. Notó mi mirada y me analizó, quizá con un poco de lástima.

—¿Lleva a mucha gente cerca de La Plaza?

—Algunas, a la mayoría al Estadio Azul.

No dijimos nada y la dejé de mirar. Me concentré en el camino, aquel camino que había manejado incontables veces, y muchas más lo había visto desde el asiento del copiloto; así habían sido todos los domingos desde que tenía memoria. Cuando daban las doce del día, el abuelo se preparaba para salir, tomaba sus botas, su abrigo y su sombrero, cercioraba que los puros estuvieran en la purera dentro de su bolsillo y salíamos del departamento.

—¡Qué bonito chalequillo! Lo compró afuera de la plaza, ¿verdad?

—Sí, en los puestitos que se ponen en la entrada cuando termina la corrida.

—Ah, claro, sí, mi papá compraba ahí los carteles también.

—¿A su papá le gustan los toros?

—Le gustaban, sí. A mí me llevaba desde recién nacida.

No contesté.

—De hecho, trabajaba en la plaza. Era el encargado de la taquilla.

—¿Cómo se llamaba? Seguro lo conocí.

—Raúl Cárdenas.

Me quedé pensando un momento. Por unos segundos, todas las personas que llegué a conocer con mi abuelo me vinieron a la mente. Él conocía a todos y todos lo conocían a él.

—¿Tenía un bigote?

—No, no tenía.

—Entonces, ¿era el que tenía las patillas como Manolete? —sonreí.

—No, él era mi tío, que trabajaba junto con Pancho en la taquilla—. Pausó al notar mi mirada confundida que la miraba por el retrovisor. —Pancho es el que tenía bigote y Fernando, mi tío, es el de las patillas. Los dos trabajan en la taquilla. Pero no, mi papá era el que se encargaba de los derechos de apartado, en la oficina detrás de las taquillas. Ahora soy yo quien trabaja ahí.

Asentí, ésa fue mi contestación. No sabía qué más decirle, nosotros nunca tuvimos derechos de apartado, nos sentábamos en el segundo tendido. Mi abuelo iba todos los domingos temprano, horas antes de que abrieran las taquillas, para comprar un buen lugar. Yo conocí a Pancho, era de la edad de

mi abuelo, hablaba con clase, era amable y de buen corazón. Pancho conocía muy bien a mi abuelo, creo que eran hasta amigos; nos guardaba los boletos para que no los comprara nadie más. Creo que mi abuelo le daba un poco de dinero extra por eso. Siempre nos dijo que no le dijéramos a nadie de esto, nunca lo hicimos.

—¿Y qué va a hacer un lunes tan temprano a la plaza?

—Es que hoy empieza la renovación de los derechos de apartado; ya sabe, los boletos que van desde el primer tendido hasta la mitad del segundo.

—Ah, claro.

El silencio regresó por unos minutos.

—Si no es mucha molestia, ¿sabe cuál será el primer cartel de la temporada? La chica dudó un poco y sonrió.

—Lo único que le puedo decir es qué habrá rejoneador—. Sonrió de nuevo.

—Gracias—. Sonreí también.

Lo poco que quedaba del camino la pasamos en silencio. Saber que el primer cartel de la temporada tenía un rejoneador me sorprendía. Con cada segundo que pasaba, más deseaba que llegara el día en que pudiera entrar a la plaza, pasar por los túneles y, con la luz al final de estos, encontrar el ruedo.

Llegamos a la plaza, me entregó el dinero y salió del taxi. Me tomó unos segundos, pero tomé una decisión.

—Disculpe, una cosa más, ¿cree que podría entrar a la plaza? Sólo quiero ver el ruedo.

Me miró. Me analizaba.

—Deme un segundo.

Caminó hasta la enorme reja, ahí había un guardia. Se quedó unos minutos platicando con él, aquellos pares de ojos me observaron. Parecía un juicio.

La chica, con la mano me dijo que fuera hasta donde estaban ellos.

—Él es Don Joaquín, lo va a acompañar. Nos dimos la mano.

—Bueno, me tengo que ir, gracias por el viaje.

Don Joaquín no hablaba mucho, y yo no hacía el esfuerzo tampoco por empezar la conversación.

Caminamos silenciosamente por los túneles de la plaza. Aquellos túneles que había recorrido desde que tenía memoria, siempre con mi abuelo.

Miraba todo con emoción, nunca había estado ahí sin gente.

—¿Nunca ha estado aquí en la plaza?—. Por la pregunta, seguro había notado mi cara de sorprendido.

—No, de hecho, vengo casi todos los domingos, pero nunca he visto la monumental vacía.

—Lo entiendo, yo tenía la misma cara cuando empecé a trabajar aquí hace unos veinte años.

—¿Y cómo es trabajar aquí?

Siguió mirándome mientras caminábamos, creo que quería encontrar las palabras correctas.

—Depende la fecha joven, hay veces que es caótico, hay otras veces que es tranquilo, como en las novilladas, que casi no viene nadie. Es un trabajo más, sólo eso.

Entramos a un túnel, sin el ruido de la multitud sólo se escuchaban nuestros pasos haciendo eco. Así avanzamos todo el trayecto, nosotros en silencio y el sonido de nuestro caminar acompañándonos.

Con cada paso nos acercábamos aún más a la luz. Mi corazón latía cada vez más rápido, era como si fuera la primera vez que pasaba por ahí, con mi abuelo dándome la mano.

Al salir del túnel nos encontramos en el primer tendido de la plaza, el ruedo estaba a unos cuantos metros frente a nosotros. La arcilla resplandecía de una manera que nunca había visto antes, me llamaba.

Don Joaquín prendió un cigarro y pareció no importarle mucho que estuviera ahí. Comenzó a revisar un par de asientos, sacó un pequeño cuadernillo y una pluma de una de las bolsas de su chamarra y comenzó a anotar lo desperfectos que veía. Yo poco a poco bajaba los escalones, me acercaba a la primera fila de asientos. Sentí un escalofrío que recorrió toda mi espalda, una sensación que me decía que tenía que pisar el ruedo, al menos por una vez.

—Disculpe, Don Joaquín—. Cruzamos miradas. —¿Le molesta si me salto al ruedo? Sólo un par de minutos, quiero ver la plaza desde el centro.

No me contestó, hubo silencio por un par de segundos. Don Joaquín asintió y siguió en lo suyo.

Bajé la barda que separaba los asientos del callejón; fue un poco difícil, medía quizá menos de dos metros, tuve que bajar con cuidado.

Salí por el burladero y llegué al ruedo. A mi derecha estaba el túnel por donde salían los toros y a mi izquierda estaba el túnel por donde salían los

matadores, los picadores y las cuadrillas. Me sentía como un niño pequeño el día de Navidad.

Estando en el centro miré los cuarenta mil asientos vacíos, no había ni un alma más que yo y Don Joaquín que seguía examinando los asientos. Desde el centro del ruedo admiraba la plaza.

—Con razón se llama La Monumental —pensé.

Tomé una gran bocanada de aire y cerré los ojos.

Cuando los abrí, volví a voltear a la derecha y me imaginé cómo las puertas se abrían para dejar salir al toro, corriendo a toda velocidad para encontrarse finalmente con mi capote.

Me paré como había visto tantas veces hacerlo a los toreros y, con mi capote imaginario, hice pasar a aquel toro invisible con maestría. ¡Olé! Pensé.

El toro invisible regresaba y de nuevo se encontraría conmigo, pero con toda precisión y fineza hice una chicuelina, pasó a mi lado de nuevo. ¡Olé! Rugía la invisible multitud.

En el centro del ruedo, toreaba con maestría. Los enormes cuernos del toro pasaban a mi lado con lentitud, aquellos pases eran precisos y con temple.

Escuché aplausos, aplausos de verdad.

—¡Ala matador! —gritó Don Joaquín. —¡Ala maestro! —repitió.

Lentamente regresé al burladero, no me había dado cuenta de que Don Joaquín me había estado mirando todo este tiempo. Cuando estuve frente a la primera fila de asientos, me tendió la mano, la tomé y me ayudó a subir.

Me dio una palmada en la espalda cuando estuve junto a él.

—Me recuerdas a mí.

—¿A usted también le gustaban los toros?

—Aún me gustan, sí. Por eso trabajo aquí. Pero antes de trabajar aquí fui parte de una cuadrilla, yo ponía banderillas —me decía mientras subíamos las escaleras y nos dirigíamos de nuevo al túnel.

—¿Usted puso aquí banderillas?

—Una que otra vez, la verdad no era muy bueno. De hecho, me cornearon en el brazo justo cuando estaba clavando el último par de banderillas.

Miraba a Don Joaquín con mucho interés, podría jurar que lo había visto antes, pero no estaba del todo seguro.

—¿Dejó de estar en la cuadrilla después de eso?

—Sí —contestó tristemente.

Ya habíamos dejado el túnel atrás y lentamente caminábamos hacia la entrada principal.

—Chico, te pareces a mí. Quizá eres un poco viejo para empezar a estudiar a como ser matador, pero conozco a alguien que te puede enseñar a estar en una cuadrilla, a cómo poner banderillas y, sobre todo, a cómo tirar pases cuando el toro se acerca mucho—. Sonrió mientras me miraba.

Tenía la misma mirada que mi abuelo, y con su sonrisa me acordé de él. Seguro estaría feliz por mí, en donde quiera que esté.

—¿Lo dice en serio?

—Claro que sí, dame tu número, haré un par de llamadas y seguro te llamo en unos días.

Llegamos a la entrada principal, las enormes rejas de acero dejaban una sombra larga. Nos paramos sobre éstas, le di mi teléfono, asintió y nos dimos la mano.

—En verdad, muchas gracias, Don Joaquín.

—No hay de qué, Santiago—. Me volvió a dar otro golpecito en la espalda. —¡Ala matador!

Le volví a estrechar la mano y di media vuelta, el taxi me seguía esperando. Ya todo se sentía viejo, más viejo de lo que se sentía hace poco más de media hora.

Encendí el motor y el coche vibró, algo que antes no había hecho. Pisé el acelerador y dejé atrás la plaza, Sonreí, me miraba al espejo retrovisor y volvía a sonreír, reía. Puse la radio a todo volumen y comencé a cantar.

Miré el chalequillo rojo y me imaginé dentro de él, dando el paseillo, detrás de los tres matadores que se acercaban al centro del ruedo.

Era de noche cuando regresé de trabajar, el coche había vuelto a vibrar y dar sacudidas por el resto del día. Estaba a unos metros del lugar donde usualmente lo estacionaba cuando, de pronto y sin aviso, el coche se apagó. Exhaló un último aliento, cual toro moribundo, y se quedó ahí, para no volver a moverse nunca más.

Salí del coche y azoté la puerta. Por un segundo pensé ponerle seguro, pero no lo hice, no había nada importante dentro.

Caminé lento, pensando; mañana tenía que llamarle a algún mecánico que viniera por el coche, pero uno que no cobrara mucho. Seguro podría llamarle a Mario a ver si estaba disponible, pero siempre me dejaba el coche medio raro.

Encontré la puerta de la entrada del departamento mientras pensaba. Saqué las llaves y, en ese momento, me di cuenta que había dejado el pequeño chalequillo en el espejo del coche. Corrí a toda velocidad al coche.

Seguía ahí, como había estado desde que mi abuelo manejaba ese coche.

Saqué los papeles importantes de la guantera y cerré la puerta. Antes de irme, aproveché para darle una revisada a la cajuela; sólo encontré una vieja manta roja de mi abuelo, no había nada más de valor.

Entré al departamento y dejé los papeles del coche en la mesa del comedor, al lado de la foto de mi abuelo dejé el chalequillo. Me dirigí a la cocina y tomé un vaso con agua. Cuando regresaba a la sala vi mi reflejo en uno de los cuadros que había en el pasillo. La manta roja parecía una muleta, las palabras que me había dicho Don Joaquín me vinieron a la mente.

—¡Ala matador! ¡Ala maestro!

Esas palabras repicoteaban en mi cabeza. Quizá no repararía el coche, no, tenía que venderlo. Lo que sea que me dieran iba a ser bueno, lo tengo que vender mañana y esperar la llamada de Don Joaquín.

Sonreía, lo hacía como lo había hecho hace unas horas en el coche.

Tomé la manta roja y salí del departamento. Encontré el patio de la vecindad vacío. Eran las once de la noche, había pocas luces encendidas, pero las que había hacían que el patio se alumbrara con una luz amarilla, casi mágica.

Caminé hasta el centro del patio, dando un pequeño paseílo. Cuando llegué, saludé a las ventanas como saludan los toreros al ruedo, mientras dan la vuelta sobre sus talones.

Imaginé cómo de mi puerta abierta salía un toro, le di el primer pase, la multitud imaginaria aplaudió. Con cada pase que le daba a aquella bestia la multitud rugía, se paraban de sus asientos, me gritaban.

Daba vueltas en mi ruedo imaginario, y por un momento escuché la voz de mi abuelo.

—¡Vamos matador! ¡Enhorabuena!

Jadeando, miré adentro del departamento. Mis ojos encontraron la fotografía de mi abuelo. Pude jurar que me estaba sonriendo.

UNIÓN

Zeltzin Lorraine Palacios Rodríguez

*“No es la gran cosa, la muerte viene con el territorio.
Nos vemos en Disneylandia.”*

Dijo Richard Ramírez,
después de ser sentenciado a 19 cadenas perpetuas.

“Guerrero no es Disneylandia.”

Dijo un ex gobernador priista,
por quien probablemente no hubiera votado
y de quien nunca supe nada
más que esa frase.

A
veces mas
no siempre
el territorio también viene con la muerte.
Hay lugares que
son por
excelencia
cementérios
gigantes.

Por ejemplo
mis padres nacieron en
Guerrero y los de Richard en
Chihuahua

*

Mirar un mapa
no es mirar
hacia afuera.
Es mucho mejor.
Cuando vives aislado,

encerrado,
en cuarentena,
son las vacaciones que no puedes costear.
*“Los asesinos en serie
hacen a pequeña escala
lo que hacen los gobiernos a gran escala.”*
¿Qué haces hablando de escala, Richard?
Si nunca has visto un mapa.
¿Y qué hago yo hablando con un asesino?
¿Será que no tengo vergüenza?
¿Se pueden condenar atrocidades y al mismo tiempo querer
saber un poco más?
No sé qué te habrán enseñado tus padres.
Pero de los míos
aprendí a temerle a hombres como
tú; y la vida también me enseñó
a tenerle
miedo a la
gente
normal.
Ahora sé que he aprendido demasiado.
Demasiado para
maternar y heredarle
esos miedos a alguien
más.

Entrar en la mente de un asesino, son las vacaciones a California
que no me puedo costear.

*

Un punto, una línea o un polígono, puede ser una fosa, un camino
o un antimonumento
*“la subdivisión artificial del
territorio”* a veces termino
mapeando un dolor que se
intercepta con el mío.
Mirar un mapa puede ser mirar la ausencia.

Y también mirar hacia dentro
para experimentar el terror a salvo,
y terminar agradecido de estar con
vida, de no formar parte de ningún mapa.
¿se puede mapear sin sentir que le robas algo a la tierra?
Trazo puntos, líneas y polígonos
mí palabra favorita es terruño
pero he perdido mi norte y mi sur
ahora no me siento de ningún lado.
Y mi brújula moral no sé hacia dónde apunta
cuando pienso la frase:
“Todo el mundo tiene el bien y el mal dentro de sí.”
Quisiera ser 100% malo, pero no puedo.”

*

Aunque pudiera costearme esas vacaciones a
California, creo que no iría.
Pero supongamos que me tomo esas vacaciones a California y
hago el tour de los asesinos
para matar la fantasía en mi cabeza.
¿Tomaría las coordenadas de la escena del crimen?
¿Calcularía el área de influencia de los asesinos en serie?
¿Daría fe de mis contradicciones?

*

Sinceramenteyo no querría estar en un mapa,
soy un punto que se mueve por los márgenes
sobre capas y capas de contradicciones
Algo así
no cabe por
definición
en la representación cartográfica.
Muchas cosas no
cabén en realidad
en un mapa
Pero sí caben mis pesadillas.

UNIVERSOS SEPARADOS

Jorge Ernesto Ramos Neria

I

El 30 de septiembre de 1998 fue la noche más misteriosa de mi vida. Merodeaba sin sentido alguno por el Panteón de Dolores hasta que un susurro ávido irrumpió en mi tranquilidad, un hormigueo incesante invadió mi cuerpo y un suspiro que reposaba sobre mi nuca heló mis huesos. Después de la muerte de mi madre, nada me había provocado esa extraña sensación hasta ahora. Intenté no mirar hacia atrás, pero no pude detenerme, aquello que presenciaba esa noche era algo enigmático y yo, que soy una persona a la que el suspenso le genera cierto toque de placer, no pude contenerme. Giré mi cabeza a pesar del miedo y, cuando dirigí la mirada hacia lo desconocido, mi corazón se detuvo por completo.

Un extraño sonido emanó de sus labios, aquellos que eran los responsables del vapor que arropaba mi cuello. Era un hombre que permanecía frente a mí y cuya mirada no apartaba de mis ojos. Un joven demasiado atractivo, tanto que casi parecía irreal. Su cabello largo se despeinaba de una forma sutil por la acción del viento. Su piel era casi tan pálida como la escarcha de invierno, pero se fundía en tonos azulados que le daban una apariencia poco convencional. Sus ojos, tan grises como el claro de la luna, cuya mirada era tan penetrante que podría haberme derretido si permanecía sobre mí un segundo más. Antes de que pudiera recuperarme para pronunciar una mínima palabra, aquel personaje misterioso se esfumó.

Llevaba seis meses visitando aquel entrañable panteón, intentando redimir el recuerdo que había dejado mi madre tras su último adiós, y nunca antes me había encontrado con alguien a esas horas de la madrugada; quizá fuera porque todo el mundo le teme a la obscuridad que encierran los cementerios, ya que dicen que es el momento preferido de las almas para regresar por algunos instantes al lugar que en otra vida fue su hogar; sin embargo, yo me sentía atraído por ella. La soledad que proyectaba el indeciso color del crepúsculo me hacía sentir en paz y en completa calma, me gustaba sentarme a un costado de la tumba de mi madre admirando el velo de la luna que se deslizaba sobre

árbol maduro que me arropaba en las noches más frías. Tal vez estos melancólicos lugares no son tan solitarios como a veces pensamos.

Solía dormir en pequeños ratos para descansar un poco, pero aquella noche me mantuve despierto porque los recuerdos de aquel joven misterioso se apoderaban de mi mente; no pude dejar de pensarlo ni de imaginarlo. No me di cuenta de lo rápido que pasó el tiempo, un par de horas transcurrieron en tan sólo un segundo. Al borde del amanecer, cuando la neblina comienza a dispersarse y el sol baña de oro las lápidas grisáceas y desgastadas, me marché del lugar.

II

La noche siguiente, como era mi costumbre, acudí al cementerio; pero esta vez había una nueva razón. Me recosté sobre el césped al pie de un árbol viejo para realizar mi rutina de siempre con la esperanza de encontrarme con aquel chico de ojos grises. El tiempo no detenía su imparable curso y la obscuridad bañaba cada uno de los rincones del lugar. Leí repetidas veces el epitafio que yace grabado en la sepultura, y mi cabeza se perdió en un mar de recuerdos que navegaban de manera vertiginosa a través de todo mi ser. Cuando mi mente volvió con mi cuerpo, habían transcurrido varias horas y hasta entonces no había encontrado ningún rastro de él. Me marché decepcionado mientras trataba de responderme a mí mismo por qué insistía tanto en verlo otra vez. ¿Sería cierto lo que dicen sobre los cementerios? No lo sabía, lo único que tenía por seguro era que necesitaba contemplar esa mirada por segunda vez.

Traté de pensar en otra cosa para distraerme, quizás la pérdida de mi ser querido me estaba provocando fuertes sentimientos y extrañas sensaciones nunca antes vividas. Pero por más que traté de convencerme a mí mismo de hacerlo, todo esfuerzo de olvidarlo fue en vano. No podía sacar de mi mente a aquel hombre cuya sonrisa me invitaba a soñarlo. Hiciera lo que hiciera, solamente estaba pensando en él. Mi cabeza me llevaba hacía aquel chico. De manera extraña, lo único que quería era deslizar mis manos sobre su cuerpo esbelto y besar esos labios que parecían estar tan fríos para hacerlos entrar en calor.

III

Un nuevo amanecer se aproximaba, los cálidos rayos de sol comenzaban a asomarse por el ventanal. No logré dormir en toda la noche y estaba

decidido a no levantarme de mi cama, tan cómoda y acogedora; pero un sentimiento que provenía del fondo de mi corazón me animó a hacerlo. Tomé una ducha rápida y me cambié con lo primero que encontré. Caminé sobre la avenida y me detuve a comprar unas rosas en la florería de la esquina, ya que eran las preferidas de mi madre, y después me dirigí de nuevo al cementerio. Usualmente acudía a este lugar al anochecer, pero ese día decidí visitarlo antes del mediodía.

Cuando llegué a la tumba de mi madre, lucía totalmente diferente a las demás, se sentía llena de vida, como si una pequeña parte del corazón de Laura Domínguez aún estuviera ahí latiendo para mí. Las lágrimas inundaron mis ojos. Ella era lo único que tenía y se había marchado para siempre. Desde el primer instante en que descubrí que tenía cáncer, una pequeña parte de mí murió y ella lo fue haciendo poco a poco hasta su último adiós.

—Son las rosas más bonitas que he visto —musitó a lo lejos. El sonido provenía de alguien que estaba escondido en la sombra que proyectaban los árboles. La voz que emanó de ese lugar era celestial. Me acerqué de forma sigilosa, y cuando por fin alcancé a distinguir su rostro, me percaté de algo que me dejó asombrado. La voz pertenecía a aquel hombre que me dejó helado días atrás. Quería responder a su halago, pero mis labios no obedecían, así que me limité a ruborizarme. Él tenía una apariencia tan fría, y yo era tan cálido. Me pregunté qué pasaría si nuestros labios llegaran a rozarse.

—¿Vienes a menudo? —preguntó.

—Sí... pero suelo hacerlo al anochecer —repliqué con la voz más insegura de este universo. Debo admitir que me encantaba verlo de nuevo, pero había algo en él que me resultaba extraño. Lo raro no era encontrarlo en un cementerio, después de todo, un cementerio puede convertirse en el lugar perfecto para coincidir con alguien si se le sabe apreciar, pero había algo increíble en él.

—Elliot —Me extendió su mano para saludarme—. Mi nombre es Elliot.

—Emilio —respondí el saludo.

Estrechamos nuestras manos, la suya estaba helada. Lo solté de inmediato debido a la sensación que me provocó, aunque me hubiera gustado sostenerla para siempre. La expresión de mi rostro debió reflejar mi asombro porque enseguida me preguntó:

—¿Todo bien, Emilio?

—Sí, es sólo que... estás helado... como un...

—Como un muerto —me interrumpió.

—Sí —asentí con preocupación.

Lo miré directo a los ojos, respondió a mi mirada y se acercó hacia mí. Recargó su cabeza en mi cuello y luego me musitó unas palabras al oído.

—Acércate, ¿puedes sentir el latido de mi corazón?

Me acerqué a él, puse mi mano sobre su pecho esperando encontrar alguna sorpresa, pero no había latido alguno. Estuve a punto de arrojarme desde lo más alto del vértice de mi locura y escapar, pero me arropó en sus helados brazos e intentó hacerme entrar en razón.

—Tranquilo. Sé que probablemente ahora creas que has perdido la cordura, pero te juro que te explicaré todo si me prometes que no vas a huir.

Escapé de sus brazos y me alejé. Mis piernas temblaban por el miedo y pronto esa sensación se extendió por todo mi cuerpo. Su corazón no latía. No podía creerlo. No pude más, tan rápido como mi cuerpo respondió, me marché sin mirar atrás.

IV

Durante dos semanas no acudí al Panteón de Dolores. No porque no quisiera, realmente me moría de ganas por descubrir lo que había pasado, pero una parte de mí sentía que había perdido la cordura. Quizá la soledad que invadía mi vida me estaba haciendo pasar una mala jugada y necesitaba alejarme por algún tiempo. Otra parte de mí quería salir corriendo al cementerio en busca de Elliot. Necesitaba averiguar lo que ocurría, pero no sabía cómo hacerlo. Me mantuve en cama, pero no podía dejar de pensar en Elliot. Jamás me había sentido así. No tenía idea de lo que pasaba, ¿acaso era lo que algunos románticos llaman “amor”, o quizás sólo era una extraña obsesión? Lo único seguro era que algo me hacía sentir atraído hacia él. ¿Cómo puedes sentir algo por alguien tan rápido? ¿Cuánto tiempo necesitas para enamorarte de alguien? ¿Puedes enamorarte de alguien a quien tan sólo has visto un par de veces? Un millón de preguntas invadían mi mente, pero la respuesta estaba en el corazón.

No resistí la tentación por mucho tiempo más, así que me dispuse a caminar hacia el cementerio sin saber lo que podía ocurrir después y allí estaba él. Se encontraba de espaldas, lucía mucho más atractivo de lo que recordaba; la luz que cae con el ocaso enmarcaba sus facciones, los tonos azulados y grisáceos de su piel contrastaban de forma inefable con el dorado que desprendía del sol,

su mirada se vestía con los cálidos rayos del atardecer. Era casi imposible creer que aquel chico estaba muerto. Lo llamé a lo lejos y me sonrió. Le respondí tan dulce mirada y avancé hacia él. Cuando estuvimos cerca, inesperadamente me abrazó. Me sentí cómodo entre sus brazos. No pude evitar imaginar que todo esto era sólo un sueño, pero ese abrazo se sintió tan jodidamente real, como nunca antes lo había sentido. Él era maravilloso. Sus ojos, grisáceos como la escarcha; sus fríos brazos, que comenzaban a aumentar su temperatura por el calor que mi cuerpo les transfería; su sonrisa tan poco convencional, todo se sentía tan real. Él era real. Permanecí a su lado por un par de horas más hasta que se hizo tarde y me marché a casa. Nos despedimos con la esperanza de volvernos a encontrar.

V

Me sentía atrapado en un sueño, pero si de eso se trataba estaba seguro de que no quería despertar. Aunque sabía que quizás debía tener cuidado con lo que deseaba, en el fondo sabía la verdad, me estaba enamorando, y lo que me aterraba no era enamorarme de alguien a quien la naturaleza no puede explicar, de lo que realmente tenía miedo era de estar enamorado. ¿Cómo saber si se trataba de eso sí, durante toda mi vida, el único amor que tuve era el de mi madre? No lo sabía, pero estaba seguro de que pocas cosas en la vida son capaces de quitarte el aliento de una forma tan sutil, de transportarte a un universo en el que las cosas inexistentes parecen tan reales, de hacerte cometer locuras que sólo estando ebrio serías capaz de cometer. Y es que, en un mundo tan incomprensible, me resultaba muy sencillo entender que hay cosas que la razón no puede explicar, pero que aun así sabes que suceden porque las sientes en algún rincón de tu corazón. Sonaba tan patético, pero de igual manera me hacía levitar.

VI

La noche del 13 de noviembre de 1998 fue realmente diferente. Cada vez era más sencillo convencerme a mí mismo de que lo que estaba viviendo era real. Caminaba junto a Elliot como si la noche nos fuera a durar toda una eternidad. Contemplábamos la luna que se había convertido en cómplice de nuestra locura. Nada importaba realmente, y si era sincero conmigo mismo, nunca antes había estado tan feliz. Cuando el reloj marcó las 00:00, Elliot me hizo seguirlo

hacia una parte del cementerio que nunca antes había recorrido, ese lugar se sentía totalmente diferente, me causaba una sensación de suspenso y misterio que se notaba en mi forma de caminar. Cuando llegamos a una de las tumbas me detuvo, tomó mis manos y me miró fijamente.

—Emilio, no sabes cómo me encantaría poder encontrar una explicación razonable para lo que ocurre, pero simplemente hay cosas que no se pueden expresar a pesar de lo mucho que lo intentemos. No sé cómo decir esto, pero ésta es mi tumba.

Aquí yace un gran héroe. Se leía en el epitafio de la tumba.

—Sé que es imposible de creer, pero yo morí hace 22 años. Fui arrollado por un auto después de salvar a mi hermana pequeña de ser atropellada.

Y sé que es complejo, pero desde la primera vez que te vi en el cementerio, algo me atrajo a ti con vehemente locura, pero el miedo me invadió y no me acerqué a ti mucho antes —me dijo.

No podía creer lo que estaba pasando.

—Dime que es un sueño —rogué, aunque, en el fondo, estaba convencido de que no quería que fuera un sueño. No tenía idea de lo que ocurría, pero estaba dispuesto a correr el riesgo.

—Sé que no puedes sentir mi corazón, pero créeme, está latiendo fuertemente por ti —me dijo.

Me ruboricé.

—Dicen que cuando mueres al cometer una buena acción en vida se te concede un deseo. Lo que yo pedí fue no irme sin tener la oportunidad de conocer el amor. Es lo último que recuerdo después de lo que pasó. Cuando me desperté, fue en este mismo lugar, pero ya no estaba con vida, estaba frente a mi lápida con un millón de preguntas y sin ninguna respuesta. Y ahora aquí estoy, contigo.

No supe qué decirle, simplemente acerqué mi rostro al suyo y lo besé. Cada instante fue mágico, pero estaba besando a alguien prohibido para mí, estaba cometiendo un acto que ni siquiera el poder del amor podía justificar. Elliot estaba alejado a un universo de mí.

Nos besamos hasta que los rayos de madrugada comenzaron a acercarse desde el este. Debía irme a casa, así que me limité a despedirme y luego me retiré.

VII

Lo visitaba todas las noches sin falta. Lo hice por más de seis meses. Nos recostábamos sobre el césped y ponía mi cabeza en su regazo mientras me acariciaba el cabello rizado. Nos gustaba contemplar las estrellas juntos, aquel océano astral al que mirábamos para recordar nuestro amor.

—Y si contigo pierdo el rumbo, pero no tengo intenciones de volver ¿será que por fin he encontrado mi lugar? Toda mi vida me han dicho que estoy perdido, pero sólo a tu lado me siento encontrado. —le dije.

—Somos dos universos separados que se han encontrado por amor
—me respondió.

VIII

Una noche de verano le pedí que saliéramos a conocer el mundo. Su rostro no reflejaba la misma alegría que yo cuando se lo dije. Sus ojos grisáceos se oscurecieron y su sonrisa perdió el brillo. Bajó la mirada y se sentó en el pasto.

—Yo... yo no puedo salir de aquí, Emilio.

Me senté con él.

—Así como yo, hay muchos más, pero por alguna razón, esta magia que nos arroja en este mundo que ya no nos pertenece se convierte en polvo si tan sólo ponemos un pie fuera de este lugar. Verás... antes de que te conociera, tenía un amigo con quien disfrutaba de la tranquilidad de este lugar, pero un día se cansó de sentirse preso e intentó escapar... apenas pasó el portón y su cuerpo se pulverizó—. Dio un suspiro. —Supongo que hay reglas que tenemos que obedecer para tener el privilegio de seguir aquí. Lo siento mucho, Emilio, pero yo no puedo salir de aquí.

Apenas terminó de decir la última palabra y se esfumó. No quiso regresar aquella noche.

IX

Nos amábamos más de lo que era lógicamente debido. Nuestro amor era más fuerte de lo que nuestra razón podía permitir. Nos aferrábamos el uno al otro como si el mañana no existiera, pero en el fondo sabíamos que nuestro romance estaba destinado a no ser porque había un universo de diferencia entre los dos. Él no podía salir del cementerio, ni yo podía quedarme allí para siempre. Quizás estábamos destinados a ser solamente eso, universos separados unidos por un fugaz amor.

X

Visité el Panteón las siguientes seis noches. Deseaba poder tenerlo a mi lado cuando cayera la noche y poder dormir junto a él, reposando en su pecho bajo el crepúsculo lunar que nos había arropado tantas veces; poder amanecer contemplando su rostro por la mañana cuando el día tiñe con su brillo cada rincón del lugar, pero Elliot... jamás volvió.

Quizás tuvo miedo de perderme, quizás intentó romper las reglas y se atrevió a salir del panteón sólo por mí. Nunca supe qué pasó con él. Visité el lugar todas las noches durante los últimos 75 años, sin falta, siempre con la esperanza de que mi enigmático enamorado apareciera de nuevo, pero ese momento nunca llegó. Ahora estoy escribiendo esta historia a los 99 años en la antesala de un hospital. Todo el mundo cree que estoy loco por todo lo que les he contado, pero sólo Elliot, la luna, el cielo estrellado, los árboles maduros y yo fuimos testigos de aquella historia de amor en el panteón.

